Pequeñeces de la guerra de Cuba

MADRID

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, x6 duplicado, bajo.

1897

El título de este folleto no es pretenciosa imitación del que lleva la joya literaria debida al insigne P. Coloma, sino simplemente advertencia de que se tratan asuntos que muchos llaman pequeneces, á pesar de tener trascendental importancia.

Además, como no podíamos presentar una obra grande, el título de la presente concuerda, en este concepto, con la humilde inteligencia de su autor.

AL LECTOR

Como la Isla de Cuba ha sido castigada por frecuentes y tenaces insurrecciones, se observa en el elemento civil de su población marcado interés y gusto en tratar los asuntos militares. Esas tendencias son dignas del mayor encomio, porque las engendró b\ patriotismo en épocas difíciles, cuando las fuerzas del ejército eran allí escasas.

Pero nacidas espontáneamente, sin la preparación y el estudio que hoy exigen todas las cuestiones de la guerra, se han padecido errores, no sólo disculpables en los profanos, sino laudables por la intención que los produjo, y en

las actuales circunstancias, es necesario encauzar tan nobles aficiones, para que sean útiles á la Nación, como desean los mismos que las tienen.

Este fin persigue el presente folleto, cuyo autor admira, como el que más, la hidalga cooperación de los hombres civiles en la guerra; respeta y venera la inteligencia de los generales y jefes que dirigen la campaña, y siente vivísi-mo entusiasmo por el valor y resistencia de las tropas que defienden nuestra gloriosa bandera.

Esta declaración es ineludible, antes de comenzar las re-flexiones que siguen, pues debiendo necesariamente expo-nerlas con estilo que no fuese técnico y por lo tanto enfa* dosO) podrían herir alguna maliciosa susceptibilidad, sin motivo ni causa, porque nuestra crítica se ensaña contra ideas generalizadas pero no se dirige á personalidades, ai agrupaciones, que nos merecen la más alta consideración.

I

Nuestro militarismo en tiempo de paz.

wT p ACE poco tiempo, cuando acaso ultimaban los fili-
4JL/ busteros de Cuba sus visibles trabajos de propa-
ganda separatista, asi como los más ocultos de organiza-
ción y planes de guerra hombres tan ilustrados y políticos
an conspicuos como los Sres. Castelar y Gamazo defen-
dían con calor el presupuesto que, lógicamente, dieron en
lámar presupuesto de la paz, acaso porque tan ideales
cuentas sólo eran aplicables en aquellas esferas celestes
donde la angélica bondad de todos y la Justicia Divina,
obedecida y venerada en absoluto, son causas seguras de
mutua armonía y de común tranquilidad y satisfacción por
lo cual, aun materializando tan sublimes regiones, no haría
falta sino un pequeño núcleo de soldados lujosos, como
los mantiene el Sumo Pontífice para su custodia y para
dar la debida ostentación á su elevadisimo cargo.

No ahoracuandolos sucesos han venido á demostrar que

dicho presupuesto sólo era fruto vano de acalorada imaginación poética, sino entonces, cuando parecía que España no había de luchar en ninguna parte, ó se pretendía relegarla

al modesto papel de espectadora, ante las múltiples y pavorosas complicaciones internacionales que los políticos temen en Europa y fuera de ella, no es preciso aguzar mn cho el ingenio para rebatir fácilmente aquel anómalo proyectOi que tanto reducía nuestro poder militar , no sólo escatimando tropas, sino restringiendo los gastos anuales para defensas del reino y servicios del ejército.

Desgraciadamente, y acaso obedeciendo á una ley suprema, la guerra es un hecho; y así lo prueba la historia del mundo, aun durante las épocas en que predominaron las ideas y elementos pacíficos de la ciencia, del arte ó de la religión.

Las mismas creencias religiosas dieron frecuente motiivo para derramamiento de sangre, en largas y enconadas luchas; la civilización se impuso, casi siempre, en los pueblos

más atrasados, por medio de las armas; y las diversas nació nes de distintos gustos y costumbres, de unas y otras latitudes, á pesar de repetidos esfuerzos para mantenerla, no consiguieron registrar en sus anales sino cortos períodos de tranquilidad, que unas veces los produjo el aniquilamien to ó cansancio, y otras la necesidad de reponerse y prepararse nuevamente para la guerra.

No negaremos, á cuantos la. rechazaron en nombre de la .filosofía de la moral y de la justicia, que la guerra es una funesta dolencia de la humanidad; pero también es incon- « trovertible que, como consecuencia natural de las pasiones y del espíritu inquieto del hombre, viene llenando su historia con más pertinaz constancia que las epidemias y demás desgracias inherentes á la triste vida humana.

Y no digan aquellos que pretenden hacer constante la universal armonía, que los combates se producen por el salvajismo, la ignorancia) la maldad ó el atraso, porque, si

bien unsfs veces fueron agresoras turbas y masas incultas que arrollaron á sus semejantes, con ansia fiera de total des tracción, muchas veces más iniciaron largas, penosas y cruentas campañas los fervorosos creyentes de religiones ideales y nada groseras, los sabios apóstoles de la moral y de la ciencia, los amantes de obras artísticas, los defensores de la libertad y del orden y hasta los fanáticos del socialismo y de la igualdad entre los hombres .

Ahora bien si tales proyectos de paz fueron casi siempre vanos é ilusorios desde los más remotos tiempos, en los actuales cuando todas las naciones se aperciben para la guerra, por coincidir unas en sus ambiciones, por resultar opuestos los intereses de otras, por temerse mutuamente en las influencias que desarrollan, y hasta por cierto malestar que caracteriza la inquieta y afanosa vida moderna, es preciso reconocer que Espa2a no hubiera logrado sustraerse á esa situación tirante y angustiosa que se llama paz armada ; pues aun eludiendo hábilmente toda alianza ó ingerencia que pudiera comprometerla , no está en su mano evitar que ataquen sus intereses coloniales en otros continentes, los mercantiles en Europa y aun los civilizadores en África, que constituyen la savia necesaria para su existencia y la tradición de su espíritu na-

cional.

Es, pueS; fácilmente rebatible el presupuesto de la paz, que pudo, con los brillantes colores del iris, cegar un momento ciertas inteligencias que á fuer de poderosas iban enlazadas á imaginaciones vehementes y á corazones sensibles ó generosos; pero lo hemos citado y con nuestros humildes razonamientos lo hemos combatido, porque no es sólo aspiración loca ó atrevida idea de poderoso numen, ino más bien la fórmula final, aunque algo exagerada, de

Las corporaciones civiles, los centros y sociedades de distintas provincias y opuesto carácter, promueven suscrip - ciones para auxiliar á las tropas, para adquirir armamentos ó establecer hospitales y hasta para obsequiar con largaeza á las fuerzas expedicionarias.

Entonces aparece, con los colores que pinta nuestra historia, la España guerrera y valiente de otros tiempos y

aquella indómita energía que la hizo dueSa de las mis apartadas regfiones. Consuela, pues, cerciorarse con hechos visibles y palpables, y tan elocuentes que no dejan lugar á duda, que el pueblo hispano, que parecía adormecido y desde luego olvidado de la institución que representa sus más heroicas empresas, es el mismo de siempre, y que al despertar de sus letargos meridionales adquiere, como antes, el ardor, la firmeza y la acometividad que necesita para recordar al mundo jornadas tan gloriosas como Lepanto y Pavía, como Bailen y Wad-Ras.

Parece, pues, á la primera impresión, que el citado contraste es solamente ilusorio, que nuestro espíritu militar es tan levantado y perfecto como pudiera exigir el mejor patriota y que, si bien nos abandonamos durante la paz, todos nos sentimos soldados cuando se inicia la guerra.

En efecto. Verdaderamente los españoles que por escasez de recursos no pueden librarse del servicio militar, llegan á ser, con una breve instrucción, no siempre bien cimentada, los mejores soldados del mundo;' y tan rara condición se ha demostrado constantemente y sin excepciones, á pesar de que no pocas veces sobrevinieron los conflictos cuando más defectuosos y poco expeditos fueron nuestros reglamentos para el reemplazo y movilización dei

ejército ó más confusas las ideas tácticas, más complicado ó heterogéneo nuestro armamento y menos lógicas nuestras

unidades orgánicas. Contra tama&as dificultades, que arre* drarían á la nación más militar, se opone de continuo, y como obedeciendo á una ley natural ese mérito innato del sol« dado español, que apenas fomentamos y que en todas ocasiones reverdece, causando hasta la admiración y el res • peto de sus enemigos, mérito incuestionable que estudian profundos escritores extranjeros, los cuales no se explican cómo subsiste aún,

Y lo curioso, lo extraño es que este soldado no sale de esfera social determinada, y surge lo mismo de la clase media que de la popular ó de la aristocrática. La experiencia demuestra que tan disciplinado, frugal, resistente y valeroso es el gañán de mezauina aldea como el joven dis tinguido ó el mozo ilustrado que, por reveses de fortuna, tiene que dejar el brillante casino, las cómodas aulas ó la tranquila oficina, y á veces se Observa que los que tuvieron más bienes ó más enseñanzas fortalecen su espíritu

en la azarosa vida del campamento y tratan de superar á los más rudos en el cumplimiento de sus deberes .

Pero éstas laudables energías y el generoso entusiasmo de los españoles guerreros es tan evidente al menos observador, como la invencible apatía y la recelosa neutralidad en que se quedan los demás ciudadanos que no empuñaron las armas, y que sin duda, al no verse investidos del carácter militar, se consideran dispensados de trasmitir su espíritu á los directores de la campaña, identificar sus ideales con el Gobierno ó las instituciones que les representan y unirse con disciplina tan inconsciente como estrecha, no sólo para conceder apoyo á los que se baten con inteligencia y decisión, sino para exigir responsabilidad á los que, debiendo poseer tales aptitudes, carecen de ellas.

Sólo así puede explicarse bien el anómalo contraste que

hemos señalado y que demuestra, juntamente con las atre-

vidas y desgraciadas empresas de nuestros antecesores, que los valientes españoles son tan arrojados y sufridos guerreros como indolentes y poco astutos para ejecutar el maquiavélico arte de la guerra de los tiempos modernos.

Y si lo dicho pareciese al lector arriesgado coaeeplo de apasionada opinión, reflexione detenidameate acerca de los donativos que se hacen al Ejército: de fusiles Maüsser pertenecientes á distintos modelos; de comestibles varios, que por su peso / necesario envase exigen un trasporte tan molesto que apenas son utilizables para las tropas; de vestuarios incompletos, heterogéneos y no ajustados á las conveniencias de la campaña, ni á la uniformidad que debe existir; de medicamentos aparatos é instrumentos quirúrgicos que no siempre satisfacen las necesidades de los hospitales de sangre d de las ambulancias sanitarias; medite seriamente sobre los opíparos banquetes con que se obsequia á hombres modestos y frugales, que se disponen para las más crueles abstinencias, para los más estoicos sacrificios y para el mayor orden y disciplina; juzgue con su buen criterio esos locos y momentáneos alardes de entusiasmo que luego no se justifican con el apoyo material y que á veces se truecan en ligera y enconada critica; reflexione acerca del papel más que pasivo, perjudicial, que

representa el elemento civil, con sus estratégicos de café, sus censores políticos, sus caprichos personales y sus encontrados intereses, que siempre defiende con egoísmo mal entendido ó petulancia ridicula y vea nuestro lector como la conclusión antes expuesta, aunque severa y triste, es completamente exacta y lealmente patriótica.

Y es patriótica porque los defectos militares de nuestro

pueblo, antes enumerados, no son de aquellos que no tienen remedio ni enmienda sino, antes al contrario, pueden ser fácilmente corregidos y olvidados

Tanto es así, que muchos nacen de nuestro propio ardor meridional, y se cae en ellos por buen deseo, con la mejor voluntad y simplemente por desconocimiento de los principios del orden de la organización y de los elementos que constituyen la fuerza del ejército y que lo llevan irremediablemente á la victoria.

Es, pues, no sólo patriótico, sino, en las presentes cir-

cunstancias, necesario, manifestar á los que no tienen deber de saberlo, ó por su habitual ocupación no han tenido tiempo de estudiarlo, el mejor modo de cooperar á la acción del Ejército, y así las glorias de éste serán en breve no sólo timbres honrosos para su historia, sino triunfos y laureles propios con que se puede enorgullecer toda la Nación española.

Urge, por lo tanto, convencernos, como se han convencido los alemanes, de que el elemento militar no tiene fuerza per se si no se la da su país, ornándole de prestigios, cuidando de su organización y de su enseñanza profesional, auxiliándole con unidad de criterio, prestándole su apoyo moral y su confianza, velando por la rigidez y disciplina en sus funciones, por la justa y equitativa concesión de gracias, por la acertada elección de jefes y generales de probadas aptitudes, pues de ese modo el Ejército resulta un poderoso instrumento que maneja y dirige hábilmente, que aumenta y acrece las fuerzas de la Nación, debiendo hallarse ésta y aquél tan compenetrados para el desarrollo de sus energías, que sólo así puede juzgarse el poder de ambos, en las sangrientas lides de una campaña, y únicamente con esta teoría puede aceptarse que unos ciudadanos dediquen

y sacrifiqaen sa vida en aras de los demás, y que las victorias de aquéllos akancen por ignal i todos.

Y para este perfeodonamicnto no ha de poner obstáculos un pueblo como el español, que mil veces ha vertido stt sangre, y hoy mismo la está derramando junto á sus soldados.

El desembarco de tropas.— Sistema de guerra.

H OLAMENTIS presenciándolos angustiosos detalles de la vida que á bordo lleva el infeliz soldado, puede apreciarse, con exactitud y en todo su valor, el mérito que contrae para la patria y la sublime abnegación de que se

reviste desde el comienzo de su azarosa expedición á Cuba. Se necesitaría la gráfica y naturalista descripción de Zola, con las profundas y valientes sentencias de Leopoldo Cano, para formar exacta idea de esa primera etapa de la campaña eti que todas las miserias humanas se acumulan durante quince días de penosa navegación. .

Y no entraña lo dicho censura concreta á la Compañía Trasatlántica, pues comprendemos las dificultades que encontrará para el mejor serdcio de transporte de tropas; pero es bueno tener en cuenta que el Gobierno paga con largueza y esplendidez lo poco que pueden exigir esas humildes masas de ciudadanos defensores de la Nación, y cuya cordura, comedimiento, disciplina y hasta humildad rayan en virtudes nunca bien ponderadas, tanto más llevan-

do el ánimo contristado por la nostalgia de su país y de sus más caras afecciones.

Erguidos con altivez ibera desembarcan en la Habana los individuos de casi todos los contingentes, haciendo gala de

tan sorprendente marcialidad, que no parece sino que llegan cuerpos veteranos avezados á largas y muy rudas campañas y sin temor de nuevos y terribles peligros.

Acaso por esto se les dispensa una ovación, más oportuna después de la victoria, pero indudablemente justa, si quiera sea como saludo cariñoso de compatriotas que, al verlos, recuerdan las energías de España.

Ovación, si quiere, sistemática, pues las nacionales percalinas, que por piezas se venden en todos los pueblos, están permanentemente colgadas en las calles de la Habana; porque en la fiesta periódica á que dan lugar los repetidos refuerzos que tantas lágrimas y privaciones cuestan á la Península hay algo de regular y monótono, que está bien lejos de la franca y espontánea ovación pues ya se ha visto el caso de dar un cualquiera el grito de ¡Viva España I y no ser respondido por nadie; los apuestos gastadores y los melifluos oficiales de Voluntarios que, con flamante uniforme, preceden á los batallones son siempre los mismos, y no parece smo que, al contrario del capitán Araña, tienen por cometido desembarcar tropas y despedirlas al campo, quedándose en puerto; la Junta de señoras que manosea nuestras banderas para colgar en ellas coronas, aun siendo muy respetable y simpática, no se la puede consi-

derar como representación genuina de las damas pertene-
cientes á las diversas clases sociales de la Habana, causan-
do extrañeza que una bella joven, notable ya por el entu-
siasmo que siente hacia España, es de procedencia extran-
jera. En los desfiles no falta el reparto de cigarros por arro-

23

gantes mujeres que no son sefioras conocidas; escapnlarios
arrojados desde los balcones, cual si fueran aleluyas; el im-
prescindible espectador que sale á abrazar á un ofidal ami-
go suyo, para Reconstruir por completo, al son de la mar-
cha de Cádiz, la escena de la zarzuela; el sargento entu-
siasta que se permite algún viva dentro de filas, y alguiios
otros detalles más ó menos cómicos, impropios de un apto
que significa sagrados sacrificios y en que debiera resaltar
el más severo patriotismo.

Y todo esto lo indicamos creyendo que sería preferible
menos preparación y más seriedad en el recibimiento de las
tropasno porque nos duela cualquier satisfacción que se les
dé, y sobre todo cuando el soldado no repara en ciertos
detalles, sino porque las consideramos dignas de mayores

honores y porque nos mortifica todo lo que tiende á can sarlas sin provecho positivo y á relajar (siquiera sea por un momento) la disciplina, que es la base de sus victorias y la mejor garantía de su pronto y satisfactorio regreso al bogar.

Es justo advertir que en los citados desfiles aparece nues- tro soldado con esa sencillez, con esa encantadora modes- tia y humildad, con ese discreto silencio, que son prendas inherentes al verdadero valor y que hacen visible contraste con irremediables patrioterías y ridiculas petulaiciaq de personalidades ó agrupaciones tan poco militares como de« cadentes. Sumiso y respetuoso sufrió las molestias de la navegación; rendido, pero disciplinado, forma en el muelle, recibiendo agradecido cuanto se le da; serio y altivo, entra en la Habana, con la triste conmoción de dulcísimos recuer- dos y la firme entereza del valiente ciudadano; y así reco- rre, con dudosa necesidad, interminables calles y calzadas, para entrar luego en las duras realidades del cuarte;!, de la marcha y de la guerra.

2.4

¡Cuánto mejor sería que tantos obsequios municipales,

producidos por una presión más alta se tradujeran en el trascurso de la campaña en alojamientos QÓmodos y holgados en baratura de las materias de primera necesidad, en condescendencia para insignificantes faltas, bien disculpables en el que de continuo sufre; en facilidades para pro* veér á la Administración y Sanidad Militar de cuanto puede serles necesario; en desinteresado respeto y justa consideración á las fuerzas combatientes, y en tantas otras manifestaciones que puede hacer un pueblo patriota á su elemento joven, vigoroso y profesional que toma las armas para defensa de su territorio y de sus intereses!

Los errores no son en las sociedades absolutos ni generales, pero conviene señalarlos donde se encuentren para evitar su funesta influencia, como procede distinguir las virtudes para extender su beneficiosa acción. Pondérense, pues, sin regateo los sacrificios que hacen el comercio, las corporaciones, los ayuntamientos y los propietarios de Cuba, en favor del ejército, mas redúzcase, con intransigente severidad, todo egoísmo ó indiferencia, que, en momentos de peligro, pueda manchar la más noble empresa de un pueblo .

La imaginación del lector ha seguido á las tropas desde sus hogares hasta el puerto de desembarco. No pretenda

ahora continuar sus expediciones y saber para dónde mar-
chan. Esto depende de los abstrusos propósitos del gene-
ral y pertenece al secreto -de la campaña, que es difícil y
vedado penetrar.

Ya comprendemos que le sería más grata la compañía,
siquiera fuera ideal, de aquellos valerosos campeones; pero
de aquí en adelante será preciso que se avenga á dejarlos
cumplir su sagrado y espinoso cometido, limitándose á re-'

ñexionar con nosotros lo que puede ser más favorable en
la campaña.

Como verá si nos concede su respetable atención, no
se dirige este folleto á la defensa ni á la sañuda crítica de
personalidades tal es la convicción que tenemos del pa-
triotismo de todas, sino á la exposición sencilla, imparcial
y técnica de los principios militares más admitidos por es-
critores sabios y profundos, más comprobados por insignes
caudillos, y constituyentes todos del único arte de la guerra
qué, á fuerza de seculares esfuerzos, ha conseguido la hu<

manidad y que, según esforzados é inteligentes generales de todos los países, es el que sólo puede conducir á la victoria con los elementos de guerra modernos y las con diciones actuales de la sociedad.

Para iniciar la franqueza y lealtad que debemos al lector, confesaremos ingenuamente que vamos á Combatir una idea extendida, difusa, pero existente en la isla de Cuba, / por la cual se desprecian todos los consejos todos los principios y todas las enseñanzas del arte de la guerra, cuando se trata de aplicarlos á la campaña de nuestra Antilla. Dicen los prácticos en aquella lucha que tales teorías serán buenas para la gran guerra, para las contiendas de estados con estados; mas en manera alguna en las operaciones contra la insurrección cubana . En defensa de su opinión, presentan los fútiles pretextos de que el terreno de la isla es distinto del de Europa, que las condiciones del enemigo y de las poblaciones son también diversas, que el modo de combatir, marchar y retirarse los filibus teros, sus armas, sus ardides, su ligereza y su conocimiento del terreno obligan á variar por completo los procedimientos tácticos, estratégicos y aun las obras de fortifica* ción y las organizaciones militares.

No dicen, detallan ni demuestran más, y llamamos fúti-
les pretextos á tales razones, porque no las justifican con
un sistema concreto y determinado que pueda parecer me -
jor que el discutido y científico arte de la guerra, ni aun
siquiera con hechos satisfactorios de la pasada campaña,
tan ruda tan complicada y adversa que el General Martí-
nez Campos, á pesar de su prestigio, de sus dotes milita-
res, de su valor y del de su ejército, y después de rendir
y desconcertar á la insurrección con victoriosos y .repeti-
dos combates, creyó oportuno aceptar un convenio, para
poner término á los desastres que representaba aquella
guerra.

Si los defensores de tan funesta creencia opusieran á los
vetustos principios militares un plan razonado, unas opera-
ciones lógicas y basadas en las condiciones del país, unas
reformas hijas de la experiencia, del estudio y de la previ
sión, analizaríamos su sistema y podríamos discutir s: era
mejor ó peor. Pero ese desprecio olímpico y el desdén
altivo con que apenas se oyen las sentencias (}e Napoleón,

las observaciones de Federico, los recuerdos de Gonzalo de Córdova, las consecuencias razonadas, que han sacado eminentes escritores, de las campanas modernas, y hasta los principios inconcusos que siguieron Leónidas, Alejan • dro Magno, César y Aníbal, es manifestación soberbia de una ciencia infusa y nunca patente ni demostrada, de algunos que acaso viendo con cristal de aumento la' campaña de Cuba, se han figurado que ellos inventaron el modo de combatir en terreno abrupto, de monte espeso y cerrado por la maleza; que tan frondosos bosques, por llevar el nombre local de maniguas, no los hay en parte alguna, y encierran algo así como un vínculo científico militar, que sólo concede Marte á los que durante cierto tiempo vistie-

ron la mambisa, se cubrieron con el amplio sombrero de jipijapa y ciñeron descomunal machete; que la confusa, incoherente y extravagante colección de aforismos, que dedujeron de varios episodios abultados por la imaginación y acaso resultantes de mil errores, forma un tratado impenetrable y laberíntico, como la misma manigua, especie de libro de los Vedas, que sólo se reserva para los iniciados y

que guardan como arca de joyas tropicales, prohibidas para todo el que entra por primera vez en Cuba.

Esa vana y novísima ciencia que, según sus apóstoles, sólo es aplicable en la Gran Antilla, que no es general ni aun para ellos mismos, y que se forma con mil conceptos subjetivos de dudoso valor, la hemos penetrado, con recelo por nuestra insuficiencia, pero con la seguridad que nos dábanlos generales y jefes más aguerridos en aquellas campañas, y que eran los primeros en reirse de tanta falsa teoría como allí se preconiza; y dueños ya del intrincado secreto y de todos sus misteriosos arcanos, creemos que en las actuales circuntancias es un delito de lesa patria no arrostrar, con ánimo sereno, la lucha franca y arrogante contra tal cúmulo de utopias, nacidas de pueril soberbia ó de sencilla ignorancia, pero que hoy representan un verdadero peligro para el buen éxito de la guerra y para el incólume prestigio de nuestro valiente ejército. Y son más temibles porque acaso un hado adverso permite que sean contagiosas y fácilmente aceptables, entre muchos que dieron antes pruebas del más sano juicio y de la mayor ilustración, pero que, impulsados por la modestia, siempre unida al talento, oyen, atienden y acogen, como primera impresión, las más estupendas fantasías, temerosos de menospreciar la ciencia práctica de que alardean los viejos y conocedores de un

país para ellos completamente inexplorado.

Demuestran que lo dicho es absolutamente exacto dos razones de im valor indubitable: I04 naturales del país, más afectos á la insurrección, tratan de sostener á toda costa que la guerra con los filibusteros es punto menos que ím - posible, porque se diferencia de todas las demás, porque nuestros enemigos la conocen y practican á maravilla y porque hay muy pocos españoles que logren comprender- la y ejecutarla debidamente.

Pero mal se compagina esta opinión de esos cubanos con el hecho cierto , evidente y palpable de haber adoptado los insurrectos nuestras armas, nuestra organización, nuestra táctica y todos los principios estratégicos de la moderna ciencia militar; porque si bien es cierto que mantienen pe- . quenas partidas, que obedecen á objetivos variables, que no tienen bases, ni líneas de operaciones constantes, fácil es comprender que cometen dichas deficiencias por. care- cer de los elementos de guerra que tiene un Estado consti- tuido; por verse precisados á una propaganda y á un levan

tamiento del país permanente; por no haber tenido tiempo de ordenar sus operaciones, ante las superiores fuerzas de nuestro ejército y de nuestras autoridades en funciones; pero véase cuan pronto adoptan las reglas del arte de la guerra, siempre que por cualquier causa disponen de espacio para ello; que, aun organizados en partidas, aumentan la fuerza de éstas tanto como les es posible, y aun todavía concentran y combinan las más próximas; que van determinando cada vez más sus objetivos, y que nunca operan sin bases, ni líneas, más ó menos seguras, según las circunstancias de la campaña, pero siempre hábilmente escogidas y trabajosamente abandonadas. Si tan malo fuera el arte militar en el terreno de Cuba, no lo practicarían sus na* turales, deseando en cambio que fuese adoptado por sus

dominadores. Para la g-uerra importa poco generalmente la clase de vegetales que obstruyen el terreno, y el de Cuba ofrece dificultades mil, pero que lo mismo se presentan en otros países. Tales dificultades están previstas en los trata dos de estrategia, táctica y fortificación; ni son nuevas ni insuperables, y comprendiendo eso mismo los filibusteros,

han preferido presentarse en la actual campana revestidos de un carácter militar que nunca tuvieron, rindiendo culto á no pocas teorías modernas de la estrategia, tratando de despistar al enemigo respecto de su táctica, y hasta utilizando rara vez el macheteo, sólo por mantener la triste celebridad que viene teniendo de luengos tiempos.

Condensadas estas ideas en rápida síntesis y generales consideraciones, nos permitirá el lector que concretemos y analicemos algunas pues toda serena discusión en el arte de la guerra, que no afecte á ningún prestigio, puede ser provechosa para los sagrados intereses de la patria.

IV

Preliminares de la guerra.

IiIrimordial es en todo arte que, para ejecutar cual-
''« quíer obra, se necesita disponer con anticipación
]as materias ó instrumentos con que ha de realizarse; por lo cual nadie ha pretendido hacer un cuadro vertiendo sin orden ni concierto las pinturas sobre el lienzo, y mucho menos embadurnándole con los cuerpos simples que forman uno ú otro colorido .

Y como el arte de la guerra se funda en los principios naturales y filosóficos de todos los demás, decíamos antes que era lamentable nuestro abandono durante la paz, respecto de los elementos militares que habían de utilizarse cuando emprendiéramos una campaña, y por demás sensible que al declararse la guerra no los preparásemos convenientemente, dejando que cayesen sobre el terreno de la lucha como sobre el lienzo del pintor los barnices y colores á que nos referíamos.

Al emprender una campana es ineludible, si con previsión y tiempo bastante no se hizo, como es mejor, organizar el ejército, y precisa hacerlo previamente, aun arros-

. -f-'

trando el peligro de comenzar la guerra en peores condi cioneSi porque si bien es cierto, como dice el refrán castellano, que «el que da primero da dos veces > es asimismo incontrovertible que una derrota al principio de cualquier contienda produce efecto muy deplorable, y es casi sieippre el comienzo de funestas consecuencias.

Aunque tarde y á costa de mayores sacrificios, se debe procurar que el primer período de una campaña no sólo sea marcadamente victorioso para nuestras tropas, sino que éstas puedan ejercer con desembarazo todos los actos de agresión, ofensiva y dominio. Y para esto es más seguro que vayan bien preparadas que no á merced tan sólo de sa valor ó de. la fortuna.

Todo ejército necesita para su dirección un general en jefe y un estado mayor, como todo individuo necesita para ejecutar sus acciones una inteligencia y una voluntada Sin estas dos facultades se anula cualquier espíritu y por lo

tanto, el del ejército, y sin una de ellas funciona débil ó
defectuosamente.

El General en Jefe mide y estudia sus elementos de gue-
rra, compara todos ellos con los del ejército enemigo, in-
vestiga la verdadera situación de éste, calcula, por sus cono-
cidos propósitos, el objetivo que puede perseguir; trata de
adivinar el plan que se ha trazado, las deficiencias que pue-
de tener, los puntos débiles y peligrosos donde es fácil ba-
tirle, las condiciones morales y materiales de su ejército, y
en vista de todo, concibe un plan de campaña basado en
algunos principios absolutos que inevitablemente contrarían
á dicho ejército. Asegurado én su idea, firme en las tenden-
cias que han de guiarle y sin descender á detalles, que aún
no puede fijar, confía á su Jefe de Estado Mayor el con-
cepto general que ha formado de la situación de ambos

ejércitos, las primera/ operaciones que desea emprender,
y el modo y manera que juzga convenientes para llevarlas
á efecto.

El Jefe de Elstado Mayor, á su vez, estudia todo esto, acumula, con sus oficíales, cuantos datos sean necesarios para dirigir las citadas operadones, y valiéndose de los medios que tiene á su alcance, como representante del General, determina la multitud de minuciosas disposiciones que han de completar laejecucón del plan. Aprobados tales trabajos por el General en Jefe, se inician los movimientos de las tropas, cuidando el Estado Mayor de que se ajusten exaclamente á las instrucciones de aquél, interpretando su deseo en cualquier momento ó circunstancias y salvando, con igual concepto, los obstáculos que se presenten para conseguir al fin que todas las operaciones sean la expresión fiel y completa de la voluntad de su General.

Así, éste representa en el Ejército la unidad de mando sirviendo el Estado Mayor para difundir y extender su acción, así como para vigilar que en el cumplimiento de todos se guarde la debida armonía, con objeto de que nunca se altere, ni aun en pequeños detalles, el carácter primitivo de aquella única voluntad.

Para llenar cual corresponde este difícil y complicado cometido se necesita un estado mayor técnico, de grandes aptitudes militares y con una organización perfecta. Como el asunto e§tá muy estudiado y en España disponemos de per-

sonal competente, no ofrece notable dificultad el disponer de un estado mayor con todas las condiciones apetecibles. En el escalafón de generales es sencillo nombrar el jefe entre aquellos, y no son pocos, que durante su carrera han dado pruebas de profundo talento, de vasta ilustración, de valor, de energía y de constancia en el trabajo. Para segundo

jefe hay en eT Caerpo de Estado Mayor tan distingraidos coroneles qne hasta el valgo los conoce por sns niéntos de guerra ó por sus talentos militares.

Deben formar parte del Estado Mayor General las comandancias generales de Artillería y de Ingenieros, la intendencia, la inspección de Sanidad, la auditoría y el vicariatOy abandonando esa multitud de autoridades y oficinas desperdigadas que dan lugar á frecuentes discrepancias de criterio, dilaciones, entorpecimientos y conflictos. Si el mando del General en Jefe ha de ser único, se ha de procurar que todos los que tienen que auxiliarle é interpretar

sus órdenes estén cercanos, en constante comimicación en íntimo trato y correspondencia. De otro modo, los múltiples eslabones enredarán la impresdndible cadena de autoridades que lig al Ejército con su General en Jefe. No es necesario advertir que en ese complejo Estado Mayor ha de repartirse el trabajo convenientemente, según esta prevenido, y en forma tal que se ayuden, no involucren sus asuntos y hagan rápida y efectiva toda orden superior.

Del personal técnico del Cuerpo de Estado Mayor debe formarse una sección topográfica nutrida de individuos científicos y artistas que hábil y brevemente coleccionen, comparen, liguen y comprueben todos los datos geográficos que se tengan ó adquieran del teatro de la guerra, publicando y repartiendo al Ejército, con suma frecuencia, planos é itinerarios detallados, exactos y manuables que importen para las operaciones .

No basta que el Depósito de la Guerra facilite los planos que ya tiene grabados, juntamente con todos los datos, memorias y publicaciones útiles en la campaña; esto es sólo base muy necesaria para los trabajos ulteriores de la sec-

ción topográfica la cual debe perfeccionar y ampliar dichos planos con referencias y croquis de los estados mayores divisionarios, dándoles la forma y condiciones más convenientes.

£n la tirada y reparto de tales trabajos ha de igualarse la prodigalidad dentro del Ejército con la más severa prohibición de ensenarlos ni prestarlos á personas extrañas, debiendo numerarse los ejemplares y dar cada cual recibo de los que le entregan, para justificar, en todo caso, el uso y empleo que ha hecho de ellos. Es triste el caso de un jefe de batallón, ó destacamento, que no tiene plano alguno para orientarse, al menos, en la zona que tiene á su cargo, y acerca de la cual deben remitírsele breves y claras noticias de los caminos, manantiales, poblaciones, propiedades, frutos, riqueza, comercios y demás detalles, para que, comprobándolas, adquiera el más exacto conocimiento de la comarca, haciendo á su vez las enmiendas y observaciones que juzgue oportunas.

Todo estado mayor es una máquina complicada, cuyo objeto es trasmitir las órdenes del General y cuantas de

ellas se deducen ó les sirven de necesario complemento; mas debe trasmitirlas con tales exactitudes, sencillez y brevedad que todo cuidado y esmero en su organización es muy atendible y digno de estudio.

Pasaron ya los tiempos en que un estado mayor funcionaba con un tintero de cuerno y algunos pliegos de oficio; hoy las operaciones más sencillas y más irregulares como ha dado en decirse, son tan rápidas y decisivas que importa mucho para su dirección no despreciar el menor elemento que acaso parezca trivial, insignificante ó superfino, y que, sin embargo, puede ser la débil arena que, desprendida, produce el hundimiento de un edificio .

Cualquier estado mayor instalado necesita oficiales técnicos, distribuidos en secciones; muchos escribientes ex • peditos y discretos; abundantes ordenanzas á pie y montados que conozcan personalmente á todos los jefes y que

sean prácticos en la localidad; distribución acertada de los despachos y dependencias, estación óptica, telegráfica ó telefónica, según las comunicaciones de que se disponga, imprenta, fotografía, biblioteca técnica, estafeta de correos, guardia permanente, caballeriza bien cuidada, en laque haya siempre algunos caballos ensillados; cuartelillo para }a tropa y cuartos para dormir cerca de su general los oficiales de Estado Mayor; todas las comodidades, en fin, que tiendan al orden, á la rapidez y al desarrollo regular de los más vastos planes, de las más enérgicas y urgentes determinaciones.

Aunque nos tachen de exigentes y sistemáticos, insistiremos en combatir á los melindrosos, económicos de papel, tinta y plumas, de muebles necesarios, de objetos imprescindibles para el trabajo y hasta para el descanso, que es preciso conceder; á los que de continuo escatiman la modesta gratificación de material, creyendo que así conservan mejor el tesoro del Estado; á los que juzgan por las apariencias el ardor guerrero y á los que quieren que todas las minutas se escriban á caballo y, si es preciso, peleando.

Todo en este mundo tiene su justo medio, y ni el lujo que traspasa lo decoroso, ni los caprichos inútiles que sólo pueden servir de complacencia, ni el gasto desmedido que

llega al derroche ni las privaciones y economías que, sin favorecer á nadie, pueden perjudicar á las operaciones, han de ser admisibles; pero téngase por seguro que ciertas deficiencias en la organización y en el material de un estado mayor producen no pocas molestias á las tropas y

37

pueden ocasionar alguna vez, derrotas ó sensibles desgracias.

Como contraste de ese estado mayor que hemos pintado á la ligera, imagínese el lector otro fantástico y dispuesto como quieren algunos.

En un salón grande de una destartalada casa de piso bajo han colocado biombos de persiana para formar varias reducidas habitaciones. En la del fondo está el General paseando y recibiendo la poca y ardiente brisa que penetra por una gran reja, cerca de la cual varios negros, mujeres y chiquillos observan todo lo que hace el señó y aun pueden oir distintamente cuanto hable el gobernado, suponiendo que damos al personaje etsta categoría. El mueblaje de

la habitación es mucho peor que el de cualquier autoridad civil de aquel punto, y el grupo de observadores, con la sencillez propia del vulgo, comenta la anómala circunstancia, mirando por ella al gobernador con más confianza y menos respeto que al juez y al alcalde .

El General no se percata de estas pequeneces. Harto tiene sobre sí con la preparación de un ataque combinado en el que ciña todas sus presentes esperanzas

Pasemos á la habitación contigua, donde est i el Jefe de Estado Mayor escribiendo sobre una mesa de pintado pino y á la melancólica luz que lanza un viejísimo y pestilente quinqué, con pantalla recortada de un pliego de papel de barba. La mesa no tiene cajones y el pobre jefe se desespera cuando quiere hacer alguna distribución de asuntos, porque no le queda más remedio que repartir los expedientes entre las sillas y una reducida taquilla, que le prestó el Comandante de la Guardia civil, único militar que en la villa parece persona medianamente acomodada. Enfrente hay un desvencijado sofá, con tantos legajos encima que

sería imposible sentarse en él, aunque ofreciera mejores cjndiciones de seguridad.

Cerca del jefe, lucha con iguales molestias el auxiliar más activo del estado mayor, trabajando sobre otra mesa reducida, poco fuerte y casi toda requemada por los ciga • rros encendidos que allí se dejaron, á falta de cenicero, y que algunas veces, por inevitables descuidos, han tostado los cantos de los expedientes.

En la sala contigua están tres ayudantes turnando, para escribir, en la única mesa que les ha tocado, y para desean sar, en un balance que se les ha concedido.

Otro salón está dividido también en tres' partes: una para los auxiliares del estado mayor, que por parejas trabajan en pequeños bufetes; otra para los escribientes, sen • tados alrededor de una mesa grande, sobre la cual hay un tintero central que obliga á fortalecer los músculos extensores de aquellos infelices, inclinados todo el día sobre sucios papeles secantes que sustituyen á los pupitres; y la tercera para el telegrafista, el cual manipula en un aparato cercano á la reja de la calle, para recibir mejor el íresco.

Los ordenanzas viven en el portal, sentados en duros bancos de día y durmiendo en malos petates que allí tienden de noche .

Como se ve, todo está más que modesto, humilde; pero dicen que aquel estado mayor, de nueva creación, se instaló en la villa por urgentes necesidades de la campaña; la consignación que recibe es para su sostenimiento, pero no basta para establecerlo como corresponde; los oficiales no tienen tiempo ni dinero para mejorar la oficina; los del pueblo temen injustamente prestar algún mueble; las autoridades, encerradas cada cual en la jurisdicción de su mando, no sueltan una salbadera ni á tres tirones; el Alcalde,

que es un hombre á quien le sopla la fortuna de poco tíem* po á esta parte, dando pruebas de patriotismo, ha cedido el materia! enumerado para que sirva por el momento, y así el General y sus oficiales están bajo cubierto y sin preocuparse del asunto, pues son hombres avezados á la guerra y á todas las privaciones y sacrificios que trae consigo una campaSa.

Descrito ya el estado mayor tal como lo desean algunos guerreros de casino, sigamos por un momento la ficción.

Cierta noche, una dama recatada apareció frente al edificio descrito y, observando desde fuera el reparto del personal y de las habitaciones, retiróse prontamente, después de hacer un gesto de marcada contrariedad.

Poco después salía el Gobernador, sin duda para dar un paseo, y, al penetrar en una cercana calle escasamente alumbrada, se le acercó la misma dama, y en voz baja, con aire confidencial, le dijo:

— • Acaban de acampar en la posesión de mi marido, son unos mil hombres y vienen rendidos. Confío en su acostumbrada discreción y le deseo vivamente una victoria. Adiós.

Y estrechando la mano del Gobernador alejóse apresuradamente, buscando las sombras que proyectaban las humildes casas de aquella avenida.

El General volvió á su despacho, llamó al Jefe de Estado

Mayor y con él mantuvo detenida conversación, mientras que un negro corpulento y de rostro inteligente se paseaba en la calle, afectando la mayor indiferencia, pero no sin dirigir repetidas ojeadas á la celosía, que dejaba ver el interior de aquel aposento.

Cuando el jefe regresó á su despacho, el negro del cuen-

40

to sibiósc dcbrrtr de la lefa del núsmo, dando motíiro para so specha r que iba de fe: js stgnieado un asunto que ie interesaba. Abandoaemasfe para eatrar en la oficina.

— Pmtu — dijo el Jefe, — séntese usted junto á mí, que te sernos que hablar. El enemi está en X... y General qneie concentrar los destacamentos de Sierra Blanca para que se opongan á sn retirada en Paso Largo; disponer que el cofond Sándiez lo ataque resueltamente con su columna, Y que tas de Pérez y Martínez acudan por los flan> coSy de modo que resulte un ataque convergente. Creo que vamos á dar un disgusto al enemigo, pero todo esto hay que ordenarlo antes de las diez de la noche, para que ten-

gan tiempo de racionarse las columnas y confluir en X. . . á la madrugada. Me contraria y desespera que la falta de personal nos obligue á trabajar sin la debida distribución de asuntos y, por lo tanto, sin la brevedad necesaria.

— No tenga usted cuidado — interrumpió Purtú. — mande usted y yo me encargo de todo.

— Gracias por su buen deseo; empiece apuntando las órdenes que deben darse para conseguir nuestro objeto, y á este fin utilice los oficiales auxiliares que tenemos.

— No hace falta — dijo Purtú, — yo me las arreglaré.

— ¡Bueno! Escriba usted: Orden al General Fuertes para que concentre los destacamentos...

No pudo seguir el Jefe, porque un ayudante entró preguntando:

— ¿Está solo el General?

—Sí.

— Pues desea verlo la pobre viuda del coronel González.

--Bien — dijo el Jefe; — siga usted, Purtú: Orden al Ge-

neral Fuertes...

— iHold; mi buen amigo! — exclamó entrando una seuO'

4X

ra enlutada, que era la viuda que había anunciado el ayu-

dante .

Todos se levantaron, y el Jefe atendió con la más exqui-

sita finura á aquella desgraciada, víctima de la guerra,

acompañándola hasta el despacho del General.

— Vamos á ver, Purtú — dijo, sentándose nuevamente: —

Orden al General Fuertes para que concentre...

En esto se oyó una voz en la habitación de ayudantes,

que decía:

-Pero, hombre, no puedo ya resiwStir lo torpe que eres.

Te dije que me limpiases las botas de montar y me has

desarreglado todo el equipaje para sacar las de charol Eres un estupido.,.

— Aquí no puede hacerse nada con tranquilidad — exclamó eljefe; — ponga usted que concentre los destacamen tos de.,.

Un campanillazo del General interrumpió nuevamente el trabajo del Jefe, y éste, dejando su puesto, acudió al llamamiento. Bien pronto volvió, y mirando el reloj con impaciencia, dijd:

— Vamos, Purtú, ya no hago caso á nadie aunque se in comoden; son las nueve y media y á las diez debemos tener todo terminado... — Y dio las órdenes convenientes para la operación que se proyectaba. Cuando concluyó de prevenir cuanto era necesario al objeto, Purtú redactó en su mesa varias minutas y, recogiéndolas, salió del despacho y, pasando por el de ayudantes y por el portal, entró en la sala de oficiales.

—Aquí llevo — dijo — varias minutas urgentes. Luego las daré á ustedes para que las encarpeten. Yo las he escrito por no perder tiempo. Y con una aíectuosa sonrisa despidióse, entrando en el cuarto de escribientes.

Sin querer oir algunas amargas quejas de los oficiales por el carácter absorbente de Purtú, observamos que el negro de la calle siguió su dirección y se situó frente á la ventana de los escribientes.

— A ver — dijo Purtú, — dejadlo todo, y á escribir á la voz estas órdenes.

— Tengo un trabajo urgente que me ha dado el capitán Fulánez — contestó uno de aquellos amanuenses.

— Pues déjelo usted — gritó Purtú.

— Es para mandar raciones esta noche á Sierra Blanca .

— No importa.

— Lo que usted mande.

Y comenzaron los escribientes su trabajo.

Purtú entró en el gabinete telegráfico y dio un parte al oficial. Éste, sin detenerse, lo trasmitió, mientras el negro de la calle escuchaba con la mayor atención el repiqueteo del manipulador.

Daban las diez cuando los escribientes entregaron sus respectivas copias á Purtú, el cual, sin confrontarlas, para mayor brevedad, las puso á la firma y entregó los pliegos al cabo de ordenanzas.

Uno de ellos estaba dando agua á su caballo; otro, sin poder vencer el sueño que tenía, fué á preparar monturas, y cuando, después de una hora, salían ambos del pueblo, con algunos jinetes para su custodia, vieron pasar un negro que iba espoleando á su caballejo.

Á la noche siguiente se recibieron en el estado mayor los telegramas que siguen:

«General brigada Sierra Blanca al Gobernador:

«Recibida orden concentración. La ordeno, pero carez-co de raciones, pues no han llegado las que pedí. Enemigo no ha venido hacia Paso Largo .

« Coronel Sánchez á Gobernador:

Recibo or3en ataque enemigo, que se supone en X...; mas tengo confidencia que anoche levantó campo. Salgo en su busca.

«Coronel Pérez á Gobernador:

Recibo en este momento, tres mañana, orden escrita con instrucciones para operación que debía verificarse á las dos. La cumplo sin dilación. Coronel Martínez me advierte que su orden ha sufrido igual retraso.

Las escenas anteriores y la oficina en que las suponemos son ficciones novelescas que hemos inventado para poner de relieve los inconvenientes de un estado mayor tal como lo imaginan algunos. Mas si el descrito es puro cuento, no deja de ser probable, y si por desgracia resultase cierto, convendrá el lector en que podría calificársele de premioso y funesto.

Terminaremos diciendo que un General sin Estado Ma-
yor ó con personal escaso para el objeto es como un Es-
tado Mayor absorbente que anula al General en Jefe. Am-
bas combinaciones darán siempre mal resultado, aun bri-
llando los individuos que las formen por su valor, su ener-
gía, su talento y su aplicación.

Todo lo dicho se refiere al estado mayor instalado, con
residencia estable pero además cada columna debe llevar
uno ó varios oficiales del Cuerpo organizados en condicio-
nes de movilidad, y para que presten el servicio que les es
peculiar en campaña, siempre de suma importancia, pero
mucho más en Cuba, porque siendo tan frecuentes y fu-
nestas en aquella guerra las sorpresas y emboscadas, es
imprescindible la inteligente dirección técnica del orden de
marcha, del vivac, de los flanqueos, de los reconocimientos
y de los servicios de exploración y seguridad.

El mayor esmero y estudio que á esto se dedique, y
que puede parecer exagerado, facilitará muchas victorias,

evitará no pocos desastres y siempre redundará en co modidad de la tropa, sirviendo de garantía para su con fianza.

V

Jerarquías militares.

MBoR las breves indicaciones que se han hecho, en "- el capítulo anterior, se comprende fácilmente cuan penosas responsabilidades y ocupaciones tiene un general en jefe; y como á éste no se le puede exceptuar de la condición humana, es preciso concederle no sólo el auxilio eficaz de un estado mayor bien organizado sino el prudente descanso para que su cerebro funcione con toda la actividad y vigor que exijan las circunstancias.

Por esta razón sencilla resulta vulgar, injusta y descabellada la'opinión de los que censuran al general porque no

se bate con el soldado en la guerrilla ó porque disfruta de relativas comodidades, que exigen su mucha edad ó su ya quebrantada salud en larga, trabajosa y brillante carrera.

A la nación y al propio ejército importan más que nada la posible tranquilidad de espíritu del general en jefe y su mayor seguridad personal.

Para conseguir ambas cosas, debe ir siempre rodeado del personal conveniente, formado del estado mayor que desarrolla sus planes, de los ayudantes que trasmiten sus

óricacs ó le representaa en muchos casos 7 de las escol-tas ó tropas que atienden á sn defensa y custodia. Mas no basta lo dcbo: es impiesdndibte también descargar sn in< teligeada de cargos en cierto modo ajenos á la campana y que no por eso redaman menor atención ó trabajo.

Es muy cierto qne el general en jefe debe asumir la autoridad suprema dentro del territorio de la guerra, como el verdadero y único representante de su nación; pero no lo es menos que para ejercer esa misma autoridad, tan vasta y compleja, necesita delegar sus atribuciones en altos

funcionarios civiles y militares, que, ateniéndose al criterio qu6 les marque, alivien el peso de su extraordinaria respon* sabilidad, dirigiendo todos los asuntos políticos, administrativos, judiciales y gubernamentales que no influyen directamente en el éxito de la campana ó que deben ajus. tarse á leyes y reglamentos precisos.

No conviene, pues, exigir que un general en jefe sea también gobernador y capitán general del territorio, ni es tampoco acertado que un general de operaciones sea go* bemador de zona. Unos y otros cargos tienen tan distinto carácter y obligfan á tan diversos deberes, que rara vez una sola persona podrá desempeñarlos cumplidamente sin desatender y olvidar importantes cometidos de uno ó de otro.

Y asi como deben juzgarse con severo rigor los actos de un ciudadano, erigido en autoridad, es equitativo y justo ponerle en condiciones que le permitan cumplir la difícil empresa que le encomienda su patria.

Antes de entrar en campaña, toda fuerza militar necesita equiparse, instruirse, armarse y adoptar la organización definitiva, con la que ingresa, como refuerzo, en el ejército de operaciones; para completar y ayudar á éste se guar-

necen puntos determíaados coa tropas de reserva, con núcleos de convalecientes, cuerpos incompletos ó que necesitan alg'ún descanso; dichos puntos deben ser más ó menos fortificados; en otros conviene atender á la remonta de la caballería y á la requisa de ganado, ó al establecimiento de factorías, depósitos y hospitales; en muchos hay que instalar las oficinas centrales y administrativas de las unidades orgánicas; y todo esto exige con tante vigilancia, múltiples aptitudes, inteligentemente dirigidas por autoridad que á ello sólo se dedique, y funcionarios con destinos de relativa estabilidad para conceder al servicio que les está encomendado todo el estudio, serenidad y esmero que reclama, en beneficio del ejército y para coadyuvar eficaz mente ásus victorias.

Es oportuno, por lo tanto, que el general en jefe dele - gue en el segundo cabo todas las atribuciones que tiene como gobernador y capitán general de la isla; cargos en los que solamente el despacho ordinario, las visitas y presentaciones oficiales, la imprescindible audiencia al público,

la firma y la asistencia á determinados actos abruman al hombre más activo y experto.

El general en jefe necesita, como hemos dicho antes, conservar su inteligencia y su imaginación, su salud y su energía para dedicarlas exclusivamente á la campaña, ó á los asuntos de gobierno que con ella tengan íntima relación; porque en la guerra, donde se juegan las vidas de los ciudadanos, el prestigio del ejército, los intereses de la nación y la gloria de su bandera, no hay que dar treguas al enemigo ni suspender, un momento siquiera, cuanto pueda humillarlo y abatirlo, por importantes y respetables que sean los motivos ajenos que pudieran distraer de tan urgente y principal objetivo.

Y siguiendo el mismo orden de ideas, deben establecer • se en los mandos militares dos jerarquías distintas: la del ejército de operaciones y la del ejército territorial, en instrucción y de reserva. La primera depende directamente del general en jefe, la segunda del capitán general ó del segundo cabo, si éste ejerce por delegación aquel

cargo.

Figúrese el lector una población cualquiera de cierta importancia, guarnecida con tropas, cuyo comandante ha sido nombrado jefe de aquella zona, en la cual pululan, con mo vilidad sólo comparable á la de insectos voladores, multitud de hombres aviesos, díscolos y maleantes que se han filiado en la bandera insurrecta, porque á su sombra es donde mejor pueden vivir sin trabajar y satisfaciendo criminales apetitos, que realizan como excesos propios de una revolución y presentándolos como desvarios naturales de un apasionado regionalismo.

En esa población hay frecuentes desembarcos de soldados que vienen á ingresar en filas, hay varias representaciones de cuerpos con sus monumentales archivos y ofici ñas; factoría, hospital y parque; una comisión de recluta de guerrilleíos, otra de requisa y otra para comprar equipos, vestuarios y machetes. Todos estos servicios producen diariamente en la oficina del jefe de zona abundante despacho de expedientes, y además de este cometido es responsable dicho jefe de la defensa de aquella plaza, del or den interior en la misma y de la persecución del enemigo dentro de la zona. Se presenta una partida insurrecta cerca de la población y otra lejana; el jefe no puede dividirse;

opta por batir la primera, defendiendo así la población, y manda una compañía contra la segunda. Obtiene al parecer una victoria, pues con escaso fuego consigue batir á la par-

tida, que amenazaba la población, y la persigue para su exterminio.

La otra partida también huye de la compañía, pero aprovechando la ocasión en que la plaza está menos guarnecida, se concentran ambas en un momento dado, la atacan resueltamente, y si bien ceden ante una heroica defensa de las escasas fuerzas que quedaron, sirve tal atrevimiento para robos y merodeos, y para gritar en los guateques del campo que la partida, si no entró, faltóle poco y entrará bien pronto en la ciudad, donde hay mucha riqueza, beneficios y armas que repartir.

Mientras tanto, el jefe de zona que dejó sobre su mesa un montón de oficios por acudir diligente á batir al enemigo, vuelve cariacontecido á la capital y abre dos pliegos atrasados que le entregan .

En uno el general Fulano le ordena que salga inmediatamente á perseguir las partidas; en otro el gobernador le dice que con urgencia convoque junta para comprar equipos y le diga las proposiciones presentadas.

Cuando el pobre jefe trata de concordar estos dos ofi« oíos, recibe un telegrama cuyo breve contenido es el siguiente:

«General Fulano á jefe zona.

Extraño mucho que haya abandonado esa plaza, punto principal de la zona y objetivo que perseguían las partidas.

Cae el telón... Pero en el entreacto, reflexionemos que el gobernador, que se interesa por los equipos, atiende á su deber, reclama con razón lo que juzga urgente, y lo pide al jefe de la plaza en que está la comisión y que, en este

concepto depende de él. Reflexionemos también que el general Fulano tiene una extensa jurisdicción dividida en zonas, á las que no puede atender igrualmehte; recibe una confidencia denunciando aquellas partidas y ordena su persecución; mas como está lejos no puede seguir exactamente sus movimientos ni menos indagar sus intenciones, y por lo tanto sufre una contrariedad al saber el ataque de la plaza.

Y para terminar estas reflexiones, meditemos acerca de la situación apurada y comprometida de ese jefe de zona, á quien distintos, sagrados y urgentes deberes solicitan simultáneamente dentro de la capital y fuera de ella; á quien se le acumula trabajo material de oficina que exige constancia y continuidad; inspección de guardias, puestos y establecimientos, que implica detenido estudio y asidua asistencia; trato imprescindible con las autoridades, que reclama tiempo y atención á muchas minucias; ingenio para comprobar las mil opuestas confidencias que recibe; vigor y carácter para el mando de tropas, ímpetu en las operaciones y responsabilidad personal .en todos estos cometidos.

¿Juzga el lector que puede encontrarse algún hombre que soporte las cargas enumeradas, pesando todas á la vez y no disponiendo de múltiples y poderosos medios de auxilio?

Pues tales jefes de zona son los que desean cuantos alardean de práctica en la isla de Cuba, y nosotros creemos que no pueden existir sin detrimento de su salud, de su cordura, de su prestigio, de la tranquilidad pública y del buen éxito de las operaciones.

Adoptemos, en cambio, las dos jerarquías ó series de mando que ya hemos dichO; y cada autoridad, cada jefe,

ten Irá múltiples cometidcj, pero l:dos á su vista ó á su alcsiace; tendrá much"3 y graves ocupac.'ones, pero todas enlazadas y congéneres, que mantendrán su pensamiento en i'.n orden de*" armiñado de ideas, las cualis mutuamente se completarán, formando un juicio verdadero y discreto, que puede ser guía invariable y seguro en el desempeño de sui deberes. Los puntos importantes, las plazas fortifica'

das, 1 >s pueblos comerciales, los centros le fabricación ó de industria, los depósitos militares, todos tendrán su jefe, su guarnición y su servicio especial, suj(tos á una vida normal de previsión, de vigilancia y de se furidad, y todos serán para el ejército de operaciones, en su vida agitada demarolias, campamentos y combates, inapreciables apoyos y pvderosos medios de auxilio, que han de prestarle descanso, protección, recursos y noticias, coadyuvando eficazmente al más pronto y feliz desf nlace de la campaña. Precisan ente en esto se diferenci.n las grandes guerras de la de Cuba, porque si bien exipen las dos jerarquías d ; mando, que parten de la autoridad del general en jefe, soi más íntimas sus conexiones y ej más difícil deslindar í u cometido y sus deberes, pues un comandante militar íe una base ó de \'na línea de o;>eraciones ofensivas funciona con toda la rigi lez de las ley es militares en un pueblo v incido, humillado y sin elem- ntos ya de hostilidad ni de in* surrección. No así el comandante militar de cualq lier punto en Cuba, donde ha /: población civil tranquila, cíeme itos militares con cara ter estacionario y otros ofensivos, oaisanos amados so letidos á distintas obligad)nes, autori ades judi« iales, ad ninistrativas - y populares c)n ju risdicciv ~n propia, y solan ente mermada por el esta lo de guerra; e \emigo en franca insurrección; individuos que militan en dii. tintos partidos políticos no declarados aú lilega-

les, Y habitantes astutos que, haciendo vida al parecer sencida é independiente, prestan al fílibusterismo el más activo é i nportante apoyo.

Con mando tan heterogéneo y confuso, resultarán siempre víctimas del deber, sin ventajas para la patria; y sí no fue can los jefes dignos, como lo son realmente resultarían pet zonajes inquietos que preparando siempre disculpas, no atenderían más que á su conveniencia y á su egoísmo ó sea mangansilaSf como dicen en el país.

VI

Plan de campaña.

V W A se ha dicho cuáles son los fundamentos milita-
• res de un plan de campaña, pero es bueno recordar que dichos principios no excluyen el estudio de la situación política y social del teatro de la guerra, pues todo ello hace falta para completar el pensamiento y propósito del general en jefe. Si éste no tiene plan y obedece al des arrollo casual de los sucesos, falta á su ejército la principal fuerza de las que le son inherentes: la unidad de acción; y se da lugar á que el enemigo dirija por sí la campaña, preparando los sucesos que pueden favorecerle y arrogándose la iniciativa en todo.

Conviene, por el contrario, molestarle de continuo en terreno que no le convenga, con armas de que carezca y en sitios donde se encuentre aislado y sin recursos; dificultar sU armamento y manutención; separarle de comarcas amigas ó condescendientes con sus ideas; no atacar posiciones de poca importancia que si se ganan hay que abandonarlas y si no se conquistan parecen inexpugnables y sirven para aumentar el espíritu de los rebeldes.

Todo esto Y multitud de atrevidas ideas de intencionados proyectos, que sería penoso referir, constituyen los elementos con que luce, resplandece y se glorifica el talento suigeneris de un general en jefe, y como todo ello es complejo, difícil, anormal y violento, necesita para realizar el plan una voluntad de hierro y un estado mayor sabiamente organizado. .

Partiendo de estas consideraciones generales, nos limitaremos á exponer otras, que son consecuencias inmediatas de las mismas, pero que tienen igual carácter de vaguedad; porque el presente folleto no es como tantos otros un específico milagroso, remedio pronto y eficaz, para batir á los insurrectos y terminar victoriosamente la campaña.

H 'rto sentimos no poseer la receta dosificada para tan laudal le objeto, y mucho más no tener confianza alguna en semejaLtes curanderos, como no la tenemos en los prácticos de la isla. Esas serían ilusiones que, dulcificando temores y clarmas, propias de acendrado patriotismo, nos mantendrían como a otros en una región inocente, muy parecida al limbo, en que descansan los que no conocieron la vida.

No vamos á exponer un plan [que hemos sacado de la ca-
hezd) en oposición de los que hayan tenido ó tengan los
ilustres generales qu2 desempeñaron algún mando en la isla,
pues para ello es preciso autoridad, inteligencia y dotes que
no alcanzamos y que t n aquéllos reconocemos.

Como tourists curiosas, y con la amable compañía del
lector, vamos sólo á bordear el asueto haciendo ligeras re-
flexiones.

Ante todo analicemcs el propósito sistemático de perse-
cución, que tanto gusta á los prácticos.

Es una verdad demostrada en táctica que durante la mar-

cha de varias fracciones, en columna, se produce un (dar
¿amiento de ésta consecuencia inevitable de ¡las leyes na-
turales de la locomoción humana, y por lo tanto, no sólo
pierden consistencia y densidad las unidades, sino que las
distancias que median entre unas y otras sufren un aumen-
to considerable, y más notorio cuando hay mayor im-

pedimenta en la retaguardia. Dichas leyes no varían porque las fracciones de vanguardia sean ó no amigas. Consideremos, pues, una partida insurrecta marchando aceleradamente por un camino, y á cieita distancia una fuerza militar, con artillería y acémilas, y luchando con las dificultades de un terreno extiano; imaginemos por un momento que la partida y la fuerza militar son fracciones de una misma columna, en donde la vanguardia, lejos de conservar cohesión con las tropas que siguen, trata de romperla; y como el alargamiento se verificará fatalmente y en las mejores condiciones, porque la partida se apresura con la rapidez que presta el miedo, que no es comparable con la que presta el entusiasmo, y además no lleva ó abandona la impedimenta, deduciremos lógicamente que al cabo de cierto tiempo los insurrectos perderán la unión, lo cual favorece su impunidad; la distancia que había entre las tropas y ellos aumentará por momentos; la disciplina y el enlace necesarios para entrar en combate sufrirán en nuestras fuerzas el natural detrimento, y todo, al fin, será favorable á los perseguidos y molesto, deprimente ó contrario á los perseguidores.

Alábese, pues, con el mayor encomio á nuestras columnas, porque á veces con afanoso ardor y entereza sin igual vencen leyes de la naturaleza y alcanzan partidas insurrectas y las baten y dispersan; pero no nos extrañe que en al-

guna ocasión no las persigan hasta su exterminio ó no las puedan ver siquiera, porque los españoles, aunque valien-

tes y sufridos, son hombres, y tienen qne someterse á las leyes de la naturaleza y á la condición humana que recibie ron de Dios.

Esas leyes y esa condición no pueden vencerlas nues- tros soldados, y el preverlas corresponde al general ea jefe.

El arte militar acepta y aconseja la persecución; pero es tras de tropas rendidas por lai marcha ó rudo combate contra unidades ya indisciplinadas y sobrecogidas por el terror, y aun así encomienda la persecución á la caballería, á causa de la fuerza de choque y la celeridad, que son los distintivos de su poder.

Esto explica satisfactoriamente por qué las guerrillas han dado tanto resultado en las campanas de Cuba; pero no es bastante razón para multiplicarlas, ni para montar á toda la

infantería, por lo que más adelante expondremos al tratar de esas tropas especiales.

Aparte de lo dicho, se presentan en las sistemáticas persecuciones obstáculos y peligros invencibles que pueden rebajar el espíritu ó disminuir el prestigio del ejército. Los ríos que tienen pocos y malos vados para caballerías, . los arroyos y torrenteras, las grandes pendientes, las maniguas cerradas, los puentes que se destruyen con facilidad, el terreno pantanoso tan extendido en la isla de Cuba, el desconocimiento de veredas, atajos y puntos practicables, todo esto contraría y molesta á las fuerzas no indígenas, y que para ser más fuertes tienen que ser regulares y organizadas. Supongamos que una columna encuentra al enemigo dentro de la manigua, y sin conocer el arte militar se comprende que, no pudiendo extender su línea de combate y de fuego, las ventajas redundarán siempre en favor de los natu • rales del país, que conocen aquel bosque, lo aprovechan

para su defensa y les sirve para su huida, y hasta para su más pronta concentración.

Y si todo lo expuesto no fuera bastante para rechazar en absoluto la sistemática persecución, adviértase que con ella vamos adonde quiere el enemigo, cediéndole por completo la iniciativa- para dispersarse cuaqdo es débil, para tomar posiciones cuando es fuerte, para separar una tropa del sitio en que pueda perjudicarle, para desorientarla en sus operaciones, para burlar sus planes y para obligarla á permanecer en terreno palúdico ó pobre de recursos, si no quiere someterse á las contrariedades de una marcha retrógrada.

Dejemos ya esta funesta manía de \os prácticos para distraer la atención en otras observaciones.

Guando una insurrección se inicia, nunca es general en el país, siempre surge reducida como todo lo que brota y nace. Es, pues, indiscutible que, en tal estado, lo que procede para apagar la repentina llamarada de un fuego, que puede ser intenso, es el aislamiento de todo aquello que pueda extenderle y acrecentarle. Si la insurrección apareció en la provincia de Santiago de Cuba, allí convenía encerrarla, y para ello hubiera sido muy conveniente una base de operaciones en los límites de Puerto Príncipe, y de la cual partieran las columnas con objetivos distintos, pero

siempre en dirección de la punta Maisi. No tratamos de re-
sucitar la famosa idea de una compacta linea de tropas que
lentamente fuese barriendo la isla de punta á punta, y que,
si bien recordamos, fué presentada por un pobre loco, en
la otra guerra; pero si defendemos que con el orden y las
reglas de la estrategia y partiendo de una base bien esta-
blecida, puédese marcar la dirección de las operaciones,

obligando al enemigo á qae en ella se defienda y á que
no rebase los extremos de nuestras líneas, burlando su ac-
ción y presentándose altivo, impune ó potente en zona ó
posición que no era del teatro de la guerra, y haciendo pro-
paganda donde no tenía parciales activos.

Si no fué posible entonces, por la escasez de fuerzas,
plantear la campaña en tal sentido, debemos lamentarnos
de la falta de preparación que se nota en nuestro ejército,
y que ya indicamos al priocipio de esta obra.

Mas, por unas ú otras causas, la insurrección se extien-
de, y entonces el aislamiento de sus partidas no tiene ob-

jeto, porque toda división de operaciones entraña una divergencia de objetivos que debilita extraordinariamente las fuerzas que han de perseguirlos, y si es verdad que así unas partidas no pueden proteger á otras, también es cierto que falta potencia para dominarlas simultáneamente; que no hay plan posible en tan distintas direcciones; que los servicios militares y administrativos se complican y dificultan hasta lo increíble, y que un enemigo que saca sus recursos del país y que en el mismo encuentra simpatías y apoyo, puede con tal sistema permanecer rebelde, eludir encuentros y aprovechar sorpresas mucho mejor que obligado á batirse contra fuerzas superiores, en determinadas líneas, que obedecen á objetivos fijos y auna dirección tenaz y bien organizada.

La guerra de Cuba presenta la dificultad de toda guerra civil, ó sea que el territorio donde se desarrolla no es ajeno, y por lo tanto, exige una atención y una defensa de su población y propiedades que no preocupa jamás en una guerra ofensiva Pero la noble idea que representa dicha defensa no puede exagerarse hasta el punto que perjudique

las operaciones de campaña con que se trata de restablecer de un modo definitivo la tranquilidad y el orden en aquella reglón. Ya sabemos que la cirugía no respeta un miembro cuando necesita sacrificarlo para salvar una vida, y análogamente, no es previsor quien reduce la fuerza que puede conseguir una victoria positiva por guarnecer propiedades que, si el enemigo venciera, serían perdidas. Hay centros industriales y de población que representan la riqueza de una comarca, como hay puntos estratégicos que nunca deben abandonarse al enemigo, y todos ellos exigen fuerte guarnición y un comandante militar que sea responsable y sólo se preocupe de su defensa, sin extender su acción con carácter ofensivo; pero si esto, á la par que medida de buen gobierno, es favorable para las operaciones, puesto que establece puntos de apoyo, no desnaturalicemos tan prudente idea dividiendo el ejército, no ya en compañías ó secciones, sino en pequeños grupos, que sirven de guardia á particulares más ó menos ricos, quedando unos y otros, con sus intereses, completamente indefensos, ante una partida numerosa que los hostilizara. Es irrisorio pretender que una lucha civil se desarrolle enconada y que todas las zafras se recojan y el comercio no padezca nada, ¡Lo importante es hacer guerra sin cuartel á-los insurrectos y con las alegrías de la paz recoger sus frutos!

Particulares egoísmos defenderán lo contrario; pero poco representa una pérdida parcial ante las vidas de miles de ciudadanos, el bienestar de numerosas familias, la riqueza y el crédito, la integridad y la honra de toda la Nación.

El sistema de fortificaciones aisladas, rutinarias y primitivas, según el modelo tradicional y ridículo de \os prácticos, es inútil por completo para los efectos de la campaña. Los

célebres fortines, que á veces se reducen á malas chozas. 6 miserables bohíos, sirven, . cuando más, para defender un punto, con el peligro evidente de su corta guarnición, que llega á ser hasta de cuatro soldados y un cabo, pues en Cuba causa risa y es objeto de burlas el que pretende combinar los fuegos de los blockaus ymucho más si se habla de baterías, zapas y trincheras ó de los mil recursos de la moderna fortificación .

Allí los prácticos no conciben las construcciones de ingenieros militares sino en las plazas de primer orden y á todo tirar en las cacareadas trochas. Lo demás debe que-, dar á su arbitrio y á merced de sus poderosas imaginaciones, que verdaderamente han dado frutos dignos de mención. Los propietarios de Pinar del Río quisieron costear una alambrada sencilla, á modo de cerca de jardín, para defender la población; ha habido quien opinaba que en Santa Clara las guardias exteriores debían situarse alrededor de la plaza central, dejando sin defensa el resto de la ciudad (bueno es advertir que ellos vivían en la plaza); para defender un puente se ha colocado un fortín junto á sus estribos, en el arroyo y dominado por todas las alturas inmediatas, y todo esto aceptando una obra para resguardar un punto, pero nunca en el concepto de protección y apoyo de bases y líneas, porque es más peligroso hablar en Cuba de estrategia y táctica que proferir blasfemias y predicar herejías .

Claro es que todo esto lo aseveran gentes indoctas, con el mejor deseo de prestar su cooperación para la defensa de la patria; mas se halla tan generalizado el error, que produce dificultades, disgustos y resistencias para el cumplimiento de las órdenes de los generales.

Dejemos la fortificación, puesto que hace tiempo está de-

jada de la mano de Dios, á pesar de los esfuerzos laudables de los gobernadores y del Cuerpo de Ingenieros, porque allí se considera ingeniero el que acierta á clavar dos tablas.

El área extensa de Cuba, sus cenagosas y cubiertas costas, los múltiples bajos, cayos é islotes que la rodean, la mar gruesa y de fondo que hay en grandes trechos, así como la escasez de embarcaciones pequeñas de que dispone nuestra Marina, imposibilitan á ésta de vigilar el litoral de la isla tanto como es necesario para que no se verifiquen desembarcos de hombres, armas, municiones, víveres y pertrechos de guerra.

Por otra parte, la forma alargada de Cuba hace penosa y difícil una campana ofensiva de conquista, imprescindible en el estado actual de ideas que profesan la mayoría de las masas; las líneas de operaciones serían por necesidad

divergentes y de extremada longitud, las bases y líneas de comunicaciones estarían demasiado distanciadas, la primera base no podría establecerse fácilmente para emprender la campaña en una sola dirección, y si á tales dificultades, de verdadera importancia, se añaden las de los servicios administrativos y sanitarios, la necesaria protección de po • blaciones y centros de riqueza, la custodia de muchos depósitos y hospitales, se comprende que no podemos en la isla perseguir objetivos geodésicos, como en una campaña ofensiva, y mucho menos porque el territorio es nuestro y no necesitamos ocuparlo ni conquistarlo.

La guerra se ha producido por unos cuantos cabecillas de prestigio en el país, de maquiavélica intención y de astucia incomparable. Estos son pocos, pues la mayoría de los que se titulan cabecillas son malos oficiales del llamado

S- •-

ejército libertador. De aquellos depende el éxito de todas las operaciones contra España; Máximo Gómez, Quintín Banderas y algún otro, más que generales ó jefes de los rebeldes, son, reunidos, el símbolo de la bandera insurrecta; sin el arrojo aventurero que les caracteriza no habría partidas importantes, pues casi todas se formaron, no por la masa descontenta que elige un jefe, sino por el cabecilla inquieto que recluta para su medro personal y con más ó menos osadía, primero algunos secuaces, después muchos ignorantes y por último no pocas víctimas del terror y de la miseria.

£1 pueblo cubano es por su naturaleza americana de carácter pasivo y deja silencioso cometer abusos sin defender inmediatamente sus derechos; pero como hijo del español es impresionable, y lo mismo que la menor injusticia subleva en un jíía los resentimientos justos que fué concentrando sin protesta, cualquier acto valeroso de los que se titulan sus defensores tuerce con ciego entusiasmo los más prudentes propósitos de tranquilo ciudadano. Prueba de ello es que muchos insurrectos, durante la guerra pasada, ante la conducta generosa, hidalga y valiente que con ellos siguió algún general, han depuesto sus rencores y odios y, sin romper la amistad particular y antigua que tienen con muchos que hoy forman en las filas rebeldes, sirven á Es-

paña por respeto y admiración al caudillo que con ellos fué hace tiempo tan sereno como ngble.

Es, pues, convicción de cuantos conocen profundamente aquel pueblo que la muerte ó vergonzosa derrota de ciertos cabecillas quitaría tanta fuerza y prestigio á la causa separatista,' que acaso en rápido desmoronamiento desaparecieran los castillos de ilusiones con que hoy sueñan muchos, y el famoso ejército libertador se convertiría en pequeñas

partidas de hombres crirainales, que sólo pueden estar libres con el pretexto de una revolución.

Esos cabecillas fueron ayer los motores de la guerra y son hoy los más firmes sostenes, los ejes en que giran las indecisas ideas y los mal bosquejados programas sociales y políticos de aquella causa.

Su derrota tiene, por lo tanto, una trascendencia que nunca podría tener la de cualquier general en las guerras internacionales, y acaso importara mucho tomarlos como

objetivos para batirlos sucesivamente, cerrándolos con numerosas fuerzas en tan estrecho círculo, que la vida y su defensa fueran imposibles ante rápidos y decisivos ataques. Mas para estas campañas parciales, que no pueden ser simultáneas, se necesita una base de operaciones bien organizada, líneas estratégicas que con sus diversos obje tivos materiales tiendan invariablemente al aislamiento y total destrucción de la fracción enemiga que se persigue, y resulten de una vez anulados para siempre su cabecilla, sus jefes y todo el poder y prestigio de que alardeaban. Conseguido esto en la campaña breve y mortífera contra uno de los prohombres de h insurrección, acaso los demás renunciaran de buen grado á nuevas pruebas de su valor y dotes militares, pues el descontento y la indisciplina miñarían seguramente el espíritu de sus fuerzas.

Para tal objeto,. dirán muchos, sirven las trochas; mas como estas novísimas líneas militares reclaman detenidas observaciones, las dejaremos, en beneficio del lector, para el capítulo siguiente.

Lais trochas.

eN el antiguo café de El Louvre, hoy de Inglaterra, en los círculos que se forman durante las tradicionales retretas en los casinos, cantinas, almacenes y en todas partes donde se habla de la guerra, con el desgaire propio de antiguo y profundo conocimiento, hemos oído siempre campanudos ditirambos y homéricas relaciones acerca de la trocha, de sus obras y de los episodios á que daba lugar.

Podríase hacer gala fácilmente en este capítulo de una erudición tan vasta como indigesta, respecto del sobado asunto, recogiendo mil relatos en los múltiples artículos, folletos y libros que de Cuba tratan; pero renunciamos á ello, por no cansar al lector, y sobre todo porque prometimos ser con él francos é ingenuos.

Ha llegado el enfadoso momento en que debemos hacerle una humilde confesión . Antes de ver la trocha no nos explicábamos el fundamento y conveniencia de aquellos monumentales trabajos que se ponderaban, y cuando la hemos visto, ni comprendimos las razones y ventajas de tal

línea, ni los trabajos nos produjeron la menor admiración.

5

66

La celebre trocha es una vía no muy ancha, que corta la isla en sentido de su latitud, donde se construyó ua des dichado y expuesto ferrocarril, al parecer defendido, de trecho en trecho, junto á los rails, por unas jaulas de madera llamadas fortines, con absoluta independencia de fuegos, si no pudieran tirotearse y ofenderse mutuamente.

Cuando la vimos, en cada- fuerte había una escasa gfuarnición y vigilando algunos intervalos, rígidos judas de trapo y canas, vestidos como soldados, con un fusil sujeto por cuerdas y mirando á la campaña cual si fueran centinelas.

Un sensato general ordenó la supresión de aquella carnavalesca inocentada, fruto de la inventiva de algún práctico-, pero, de todas maneras, ¿merecía la trocha esa importancia que siempre se le dio? Estudiémoslo serenamente.

El principal objeto con que se hizo el chapeo de la vía, el ferrocarril y los sencillos blockaus que le bordean fué impedir á los insurrectos toda comunicación entre las provincias de Puerto Príncipe y las Villas

Si cuando se hizo pudo producir resultado satisfactorio, á causa de la acumulación de fuerzas para las obras, ó por las circunstancias del momento, es juicio que no nos permitimos y que pertenece á la historia; pero suponer que la trocha sirva de continuo á dicho objeto, en cualquier época y con los elementos de defensa que puede contar normalmente, es una ilusión que no se concibe en militares discretos. Y prueba de ello es que al cabo de muchos desengaños se ha reconocido la necesidad de fortificar y guarnecer mejor la trocha del Júcaro.Pero ésta y la moderna línea de Mariel-Majana, que es una trocha corregida y aumentada con notas del traductor, son trabajos más ó menos apreciables por el celo, actividad é inteligencia que hayan

derrochado cuantos intervinieron en su realización y, no

obstante, completamente baldíos para conseguir que ño se comuniquen los rebeldes de una y otra parte.

Ya hemos dicho que semejante incomunicación puede perjudicar á nuestras operaciones contra masas que tienden, por sistema, á extenderse, diseminarse y eludirlos combates serios; pero aun aceptando, que por determinadas circunstancias fuera conveniente dicha incomunicación, es fácil demostrar que no se consigue Can absoluta como se desea.

La trocha del Júcaro, en la primera campaña, fué atravesada por Máximo Gómez, reconociendo el punto de paso, dos negros desnudos que á gatas y gruñendo imitaban el rastreo de los cerdos cimarrones, tan abundantes en aquellos campos. La linea de Mariel-Majana ha sido traspasada por Quintín' Banderas con 30 individuos de su partida, y luego por Maceo con su estado mayor. Y ambas sorpresas no pudieron evitarse, á pesar de la continua y exquisita vigilancia de guardias y centinelas próximos, que en una y otra línea prestaban el abrumador servicio de seguridad, tan expuesto en la isla de Cuba, por favorecer el encharcado terreno, la espesa maleza y las cerradas plantaciones, todo género de ardides y engaños, traicioneros atentados y aberraciones ópticas. Esos mismos individuos pasaron

acaso aquellas líneas para desacreditarlas ante la opinión pública, que tanto confiaba en su fortaleza, pues acaso hubieran llegado mejor adonde se proponían burlándolas por mar y desembarcando, como lo verifican tantas expediciones filibusteras.

Demostrado por la experiencia que un cabecilla y algunos secuaces pueden atravesar con más ó menos astucia y temeridad cualquier trocha, por bien defendida que esté,

no importa nada que se cierre el paso á los demás partidarios, porque los hay y los encuentra propicios el cabecilla en todas partes, y éste, cuando pasa de una jurisdicción á otra y efectúa largas marchas, prefiere ir con aguerrida y escasa escolta, pues sólo lleva la intención de extender la propaganda de sus ideas con proclamas y ofrecimientos y con la gestión é influencia personal, tratando, por consiguiente, de eludir encuentros en que sería fácil su captura.

Y menos ventajas positivas hemos de obtener persiguiendo con operaciones divergentes á partidas inquietas, que

se distinguen por excesiva movilidad, que hostilizando á las que se concentren y reúnan; pues las victorias del ejército siempre fueron eontra masas importantes, y nada fatiga más á nuestro soldado que la estéril persecución de peque • ños grupos insurrectos, pues tanto se corren, dispersan y esconden que llega á parecer fantástica su verdadera existencia.

No hay línea militar posible en el campo que, cual muralla china, cierre por completo el paso de individuos sueltos, y obsérvese que las trochas tienen por preferente objeto aislar á los cabecillas que se consideran como alma de la insurrección.

Ahora bien, la trocha antigua, con todas sus menudas fortificaciones, y mucho más la nueva línea de Mariel-Majana, que se ha establecido con mayor esmero, pueden servir de bases para operaciones en una de las provincias inmediatas, siempre que la otra fuese amiga ó estuviera por completo rendida y ocupada militarmente. En tal concepto favorece mucho la forma alargada de Cuba para establecer bases, porque será fácil apoyarlas en puertos seguros, fortificados y de abundantes recursos; encontraremos siempre algún camino, carretera ó vía férrea que los comunique con

una ó dos poblaciones intermedias, que servirían de puntos iniciales en las diversas operaciones; y si bien falta el ferrocarril central, que sería para aquéllas la mejor línea, hay unos cuantos en el mismo sentido y prestarían indudable utilidad.

Resumiendo lo expuesto, es laudable el establecimiento de la primera trocha, porque al fm y al cabo implicaba la comunicación ferroviaria de la costa Norte con la meridio • nal, y porque, pacificadas las Villas, sirvió como base de las operaciones hacia Santiago de Cuba; pero, en cambio, es risible el concepto que algunos tienen de las trochas, considerándolas en la isla como divisiones de plaza, y creyendo que un territorio puede partirse para la guerra en cuarteleSi como se distribuye en cotos para las cacerías.

Las dos líneas citadas, si no tuvieran otra finalidad, exigiendo numerosas guarniciones, pues la más corta ha dis traído de la campaña activa 14.000 soldados, podrían verse algún día en apurado conflicto por aislamiento, escasez de recursos ó falta de protección.

No procede, pues, aceptarlas sino coftio bases secundarias ó líneas de comunicaciones en las campañas parciales que se emprendieran sucesivamente contra cabecillas importantes, y para esto se necesitaría establecer primero la base Habana-Batabanó, y partiendo de ésta, que por apoyarse en la capital sería la más fuerte é interesante, proseguir las operaciones, como conviniese, para dar efectiva fuerza y seguridad á las ya establecidas y que hoy todavía se hallan desligadas y sin comunicación terrestre segura con el centro social, político, de gobierno, de riqueza y de comercio de la isla de Cuba.

¿No sería de un efecto lamentable que, aun tomando estas líneas como bases de operaciones sin la precaución indicada y la campaña previa que exige, viera cortado el

general en jefe su regreso á la Habana, cuando por cualquier urgencia del servicio tuviese que abandonar el teatro de la guerra? Pues nada más fácil dejando á retaguardia de esas lineas partidas potentes en abierta insurrección y avanzando sin establecer líneas fuertes que aseguren su retirada

á la base.

Ya saben los aficionados á esgrima cuan difícil es rechazar y detener cuchilladas y mandobles de varios tiradores, á uno que se defiende ó ataca apoyado en una pared; digan, pues, como se arreglaría si tuviera á su espalda enemigosííoretistas.

En la base Habana-Batabanó habría ese mismo inconveniente; pero con los poderosos recursos que allí podrían reunirse, con muy poco gasto, la guarnición de retaguardia se mantendría á la defensiva en buenas fortificaciones, y la de vanguardia adoptaría desde luego la ofensiva con bastante apoyo, con abundancia de recursos y, por lo tanto, con vigorosa decisión.

Su avance sería destructor, imponente, y no sólo de indudable buen éxito, sino también motivo de halagüeña esperanza para las guarniciones de los centros de población y de riqueza, que sólo deberían rechazar los enconados ataques diel enemigo en sus desastrosas retiradas.

Estas ideas no constituyen plan determinado; pero unas ú otras flotan en la mente de aguerridos generales que lian estado ó están en aquella campaña, y á la vez que desvir-

túan los erróneos conceptos de muchos profanos, ó que no han sido elegidos por Dios para dirigir ejércitos, hay que tenerlas, y se tienen seguramente, en cuenta para el plan de campaña.

Nosotros no hemos hecho más que ordenarlas y exponerlas.

VIÍÍ

Laas armas combatientes.— Infantería— Caballería.

k £ ha discutido mucho con eruditas disertacioncSi si cN— paralaguerra de Cubaconvenía preferentemente tal ó cual arma de las que forman e) Ejército. Primero dominó la idea de combatir la insurreción con infantería y las clásicas gruerrillas del país; luego vencieron los defensores de la caballería; más tarde, y á pesar de la resistencia de algunos, se admitió en las columnas un ciñón Plasencia, después dos,

y por último, dejóse intervenir á los ingenieros. Mientras tanto, defendían muchos con calor y aún quedan quienes defienden el emp'.eo, casi exclusivo, de las citadas guerrillas, bien montando á los infantes, ó bien reclutando paisanos para organizar las tradicionales fuerzas irregulares que tanto prestigio gozan entre los conocedores de aquella campaña, y que para nosotros han de ser objeto de atento estudio, en capítulo especial.

Parece raro, pero es un hecho, y demuestra el extraño y persistente afán de olvidar ó alterar los preceptos tácticos cuando se trata de la guerra de Cuba, que haya quien sostenga la inutilidad de cualquier arma en una campaña,

realícese ésta en América ó en Europa, en África ó en Oceanía. Semejantes ¡deas significan la creencia de que los sucesos / episodios de esa campaña han de adquirir fatalmente el mismo carácter, y que se pueden amoldar todos á un patrón invariable, según se lo forja el que, guiado por sistemática íantasía, se aparta de la realidad.

Mas como la guerra se desarrollará siempre con sus períodos naturales y el vario aspecto que produzcan los múltiples y heterogéneos elementos que la ocasionen y mantengan, es inútil pretender concluirla de un modo concreto y determinado, ni con fuerza especial exclusiva.

Las armas combatientes no son en el organismo militar colectividades que se snman, sino colectividades que s combinan porque mutuamente se completan. Así, pues, aunque sólo se pretenda obtener la fuerza en corto grado, no se conseguirá uniforme y sin deficiencias como no entren á constituirla los cuatro elementos que le son propios.

Un ejército podrá ser mayor ó menor, mas para ser potente necesita todas las armas de combate, y estas leyes inmutables del arte de la guerra, que se fundan en las condiciones del hombre, se realizan y se cumplen, á despecho de todos los prácticos, en la isla de Cuba. Alli hace falta: infantería, caballería, artillería é ingenieros, sin exclusión ninguna, y bastante contingente de todas .

Ahora bien, la proporcionalidad entre las armas puede variarse dentro de los límites admitidos por los tratadistas técnicos, y eso lo determinará con su competencia el general en jefe, así como la proporcionalidad que ha de es-

tablecer en cada fracción de su ejército, según las circunstancias, el período de la campaña, el objetivo que persigan ó el territorio en que operen; mas para ello necesita disponer de la fuerza completa para emplearla, dirigirla y modifi-

caria con antera libertad, sin esclavizarse con prejuicios, sistemas absolutos ni carencias injustificadas cuando la Nación desea terminar, pronto y con honra, la lucha en que se ha empeñado.

Así lo ha comprendido el ilustre general Azcárraga, y desplegando energías y actividad nunca bien ponderadas, procura siempre tener dispuestos refuerzos de todas armas,

para nutrir con igualdad y armónicamente el ejército de

la isla.

En Cuba hay-montañas abruptas, terreno ondulado, in-

mensas, llanuras bosques espesos, comarcas despejadas, carreteras y buenos caminos, sendas difíciles y penosas, piso firme, suelo fangoso, partidas montadas, otras á pie, nnas que atacan poblaciones y propiedades, muchas que merodean por los campos, algunas que se dispersan y huyen, otras que tienen mayor resistencia; y esta sola enumeración de cosas tan complejas demostrará á los prácticos cuan ilusorias son las intransigentes sentencias que dictan sobre la conveniencia de tal ó cual arma, pues en un momento ó en un sitio dado no podrá emplearse más que una ó dos, pero en muchos serán precisas las cuatro, utilizadas oportunamente y en combinación.

Todas las grandes unidades necesitan el conjunto pro« porcionado de dichas armas, y no conviene arriesgar columnas aisladas que no lleven los mismos elementos en la debida relación. De otro modo, se corre el peligro de que una columna de infantes sea sorprendida y arrollada por una partida montada; que, aun venciendo á ésta, no sea posible su persecución; que un escuadrón aislado no pueda marchar cerca de posiciones infranqueables para la caballería; que no haya medio de salvar un obstáculo 6 de batir una fortificación y, en suma, que ocurran mil incidencias, con

trariedades y desgracias que sería tan fácil como largó' enumerar.

Tratemos ahora particularmente de cada una de las armas de combate.

Lá infantería es el alma délos ejércitos y en la española ha resaltado siempre nuestro soldado con las proporciones gigantescas de un héroe de legendaria epopeya.

No cabe, pues, vacilación alguna en afirmar que el ejército de Cuba necesita el mismo núcleo de infantería que los demás; pero infantería pura, sin las componendas del país, que le quitan fortaleza y elasticidad, la desorganizan 'y embarazan, la hacen menos manejable y divisible, pues desnaturalizándola pierde ' sus mejores y más preciosas propiedades.

Una infantería montada, el primer defecto que tiene es que no es infantería ni caballería; por consiguiente, hablaremos de ella cuando tratemos de tropas especiales.

La marcha lenta, regular y tranquila de las fuerzas á pie, y que tanto desdeñan algunos guerrilleros, porque mortifica su vehemente impaciencia, es la mayor garantía de un flanqueo reposado y perfecto para reconocer escrupulosamente el terreno; permite al jefe cierta holgura para disponer el ataque ó la defensa; contribuye á conservar el orden, vigor y disciplina de las tropas, y es necesaria para que su des; pliegue ante el enemigo se realice con serenidad, prontitud y acierto. Podríamos decir que la potencia de la infantería está en relación directa con la prudente cojnodidad que haya podido tener durante sus marchas.

No es lógico, por lo tanto, destinaria á persecución constante y activa, fatigando al soldado y pretendiendo forzar su limitada velocidad, á costa de su energía y de su salud.

Supongamos que na jefe, tan activo como entusiasta y valiente, ha recibido confidencia de que el enemigo se

halla cercano y/ afanoso por demostrar su ardimiento, entra excitado y convulso en el cuartel para ordenar la formación y salida inmediata de 400 Siembres. Pero es labora del almuerzo, los oficiales han ido á la fonda ó á I03 alojamientos y la tropa está tomando el rancho.

Para vencer tamaña contrariedad dispohe que varios sol dados vayan corriendo á llamar á los oficiales, que los demás dejen su comida, se armen y dispongan precipitadamente, que los que falten por hallarse disfrutando algún permiso sean sustituidas por otros de diversas compaSías, con diferente armamento; y formando en el patio á los que van saliendo de los dormitorios, los divide en cuatro grupos de á cíen hombres, que pone á las órdenes de los cuatro primeros oficiales que llegan, y sale del cuartel, con celeridad en dirección del punto donde se supone al enemigo. Esta actividad encanta á los profanoSj y alguien pensará como Lope de Vega cuando decía respecto de sus comedias:

cYo hallo que, si allí se ha de dar gusto,
con Jo que se consigne es lo más justo.

Pero no debe transigir igualmente ningún jefe serio, en asunto que no es divertimiento, ni transigen de seguro.

Sigamos á la hipotética columna, para ver lo que lógicamente ha de sucederle.

Como jefes, oficiales y sargentos van montados para poder resistir la fatiga de marchas que por el excesivo calor y el fangoso terreno sólo aguantan los hombres de campo, involuntariamente y por el deseo natural de sorprender al enemigo, no contienen la marcha de sus caballos, y la velocidad de aquella infantería va siendo progresivamente

acelerada, llegando en ciertos casos á un extremo que los militares extranjeros creerán que es fatua exageración para enaltecer á nuestro soldado.

Pero esa velocidad no se alcanza sin cansancio; y si la marcha es larga y no se han concedido los altos reglamentarios, decrece infaliblemente, se alarga ó descompone la columna,/ al cabo de la jornada, lo que se ganó en tiempo al principio, se perdió más tarde, juntamente con los alientos necesarios para combatir.

Supongamos no obstante, que dicha tropa alcanzó al enemigo; pero éste la espera en posiciones que dominan ó flanquean el camino; el despliegue hay que hacerlo rápidamente, para no sufrir los, estragos de un fuego fijante en plena maniobra; como la columna viene alargada, una detención perjudica á la vanguardia; y si no se concentra la fuerza, llega tarde, agitada y en confusión á la línea; los sostenes y reservas de la formación de combate, ó no se establecen, como quieren los defensores del arte cubano, ó se colocan á mayor distancia que la prevenida, y todo esto no basta para impedir un choque victorioso para nuestra esforzada infantería, pero sí hace imposible el castigo, la persecución y el aniquilamiento de la partida insurrecta.

Como la exploración se hizo á pie, resultó anulada por lo cercana y sacrificados los exploradores; como el flanqueo fué suprimido, para marchar más de prisa, muchos de la partida se corrieron á uno y otro lado sin ser vistos, otros huyeron al frente después del tiroteo, y así verificóse una total dispersión, que pone en duda al jefe acerca del camino que ha de seguir.

La tropa- no ha comido desde la madrugada, y temiendo que desfallezca, resuelve su comandante que, después de un reconocimiento del terreno, acampe y se hagan los ranchos.

n

Así se verifica, y á poco se ven lucir las llamas de varías hogueras. Alrededor de éstas cantan ó charlan los alegres soldados con esa característica jocosidad que Dios les concede para consuelo de sus penalidades; mas como suponemos dirigida esta operación por un práctico de la guerra él se burla de los cordones de seguridad, de las grandes guardias, de la formación en campamento, del servicio de vigilancia, de las rondas y patrullas, y se limita á poner uaos cuantos centinelas, siempre próximos al núcleo de la columna, para evitar retenes y permitir que casi todos duerman.

Se procede luego á buscar vacas, siempre abundantes en los campos de Cuba, y para enlazarlas salen algunos aficionados hacia los alrededores, teniendo á veces que protegerlos un piquete, porque acaso los espían los mismos combatientes que se dispersaron.

El ganado se mata por dos ó tres carniceros de oficio ó de afición, y, distribuida la carne, se condimentan los ran-

chos. Pero hay que pagar al ganadero, y entonces comienzan los apuros de los oficiales. Cada uno de ellos manda cien hombres que pertenecen á distintas compañías y cuerpos, y necesitan hacer un cálculo de proporciones para pasar luego los cargos respectivos; el sargento que le ayuda no es de su batallón, no conoce personalmente á los individuos, y para saber de dónde proceden tiene que preguntarlo, y no siempre completa los datos que son precisos para las revistas y para la debida contabilidad. Mas no pa ran aquí las dificultades: los soldados se dispusieron rápidamente para la marcha; unos llevan una ración, otros dos y otros la olvidaron; pero, bien ó mal sazonado, ya cuece el rancho en los baldes, marmitas de invención cubana, que no son otra cosa que asquerosos cubos de cocina, y en

esto se oyen vanos disparos y cruzan ei campamento algañas balas. Todos cogen las armas, se agrupan y forman á las órdenes del oficial que tienen más cerca y que acaso no es el que siguieron durante la marcha; se reconoce el campo y sólo se encacBtra... un centinela traidoramente macheteado. Vuelve la calma por fin y él sueño rinde á la tropa;

mientras tanto los insurrectos se citan i retaguardia de aquella fuerza; conocedores del terreno uno á uno y aprovechando las espesuras de la caña, del bosque ó de la ma* nigua, acuden á la concentración, y bien cerca de la columna descansan ó toman el rumbo que más les conviene, seguros d¿ que los naturales de la comarca no han de descubrirlos, por simpatías ó por miedo que les tienen.

Al toque de diana el municionamiento ofrece iguales mo • lestias que el reparto de provisiones; se prosigue la marcha hacia donde supone el práctico que han ido los rebeldes, ó en dirección opuesta adonde se encuentran, si hace .caso de las noticias que le proporcionan los guajiros

Así quieren utilizar la infantería cuantos desdeñan el arte de la guerra, y aunque felizmente, nuestros jefes no hagan caso, bueno es poner de relieve tan peligrosa opinión para evitar semejantes imitaciones de las partidas enemigas, sin las ventajas que éstas, como tales, tienen.

Las condiciones propias y esenciales de la caballería son: la fuerza del choque y la velocidad. Para ojjtener ambas se necesitan caballos sanos, fuertes y ligeros; armas blancas á propósito, equipos cómodos del menor peso posible y un esmero constante en el sostenimiento del gana-

do. Con caballos de poca alzada y at'mas cortas de íuego
se obtiene la moderna y útilísima aplicación de la caballe-
ría, que prolongará su brillante y nobilísima historia anti-

gua con operaciones de tanta ó mayor importancia y mé«
rito que las' realizadas, y exclusivas de la nueva táctica y de
los últimos adelantos militares. Pero ni la caballería tradicio-
nal con su potente y mortífera carga ni la rédente coa stt
ingeniosa y temible exploiadóa yodríca obtenerse nunca si-
guiendo loft i«Dce£imcnfos que quieren algunos en la orga-
jázatíóik y empleo del arma simpática, que hoy se sacrifica
por la seguridad de las demás, sin perjuicio de seguir arro
liando al enemigo vencido.

El caballo cubano es resistente, de carrera veloz y soste
nida, asi como frugal para su alimentación; pero es pequeño
y suda mucho, por lo cual se hacen ligeras y frescas, aun-
que muy adornadas, las monturas del país> y nunca van los
naturales al aire de trote, porque en aquellos caballos es
siempre desigual, resultando agitado y molesto para el
jinete y para su cabalgadura.

¿Es posible, por lo tanto, ni racional, ni siquiera estético, poner el equipo reglamentario en la Península á un animal que queda agobiado y casi cubierto por aquél? ¿Nos debe extrañar que ese caballo disminuya su velocidad, se rinda y se mate fácilmente? Pues bien, todavía quieren que lleve dos y hasta cuatro raciones de maíz, que no se les dé apenas descanso y que no se les lave y limpie frecuentemente, á pesar de recorrer jadeantes, terrenos resbaladi* zos y fangosos. Quieren muchos también que la caballería, como las demás armas, use machete, por la sola razón de que lo usan los insurrectos. Esta manía es desgraciadamente muy general, pues no parece sino que el sable pierde sus condiciones al pasar el trópico. En nuestro ejército no se enseña el manejo del machete, ni de arma blanca que le sea parecida, y, sin embargo, el instinto de imitación ó el gusto de novedad induce á usarlo, sin reconocer que.

aparte de su poco alcance, para quien no está habituado á esgrimirlo, resulta pesado y embarazoso. Es el machete uli arma de campo, más propia para abrirse paso en la mani-

gua Y chapear que para el combate, pues, lejos de estar convenientemente nivelado, tiene mayor peso en la punta, con objeto de favorecer el corte de materias duras; siendo en tal concepto y para iguales fines muy preferible el hacha de nuestros leñadores y de nuestros ingenieros, que todos los peninsulares del campo saben manejar con destreza. Como prueba de que el machete no tiene las ventajas en el combate que tanto se han ponderado, basta fijarse en que los insurrectos aprovechan tal arma porque llevan las que tienen ó encuentran, y únicamente la usan en los horribles mácheteos de triste celebridad, contra fuerzas ya rendidas ó contra individuos aislados é indefensos. Pero si el machete no es el arma blanca preferible para el infante , lo es mucho menos para el jinete , que tiene que reservar la cabeza del caballo con arma ligera y nivelada, y que además, siendo larga, pueda alcanzar al enemigo. Lástima es que no se puedan utilizar las lanzas, como ya se ha intentado, en terreno donde tan frecuentes son los bosques y maniguas; pero ya que esto no sea factible, usemos siquiera el sable, con el que tantos glorias alcanzó nuestra caballería.

Muchos creen que la filibustera es punto menos que la célebre núraida, y están en un completo error. El cubano se sostiene bien á caballo, pero le falta mucho para ser ji-

nete audaz, hábil, diestro y gimnasta, como son los salvajes de las pampas de la América del Sur y los moros africanos. Usan el caballo porque son indolentes y carecen de la resistencia que necesita una buena infantería, y sobre todo porque se huye mucho mejor con cuatro pies que

con dos; pero abandonan sus corceles en cuanto se internao en la manigua: maniobran muy mal á caballo, y apuntan peor, pues ya se ha observado que en largaos combateS| donde no se apearon para hacer fuego apenas causaron bajas en nuestras tropas . No pocos extrañan que sostengan mejor el ganado que los militares; pero deben tener en cuenta que los rebeldes abandonan el inútil cuando encuentran y roban el sano, tan extendido y abundante en la isla que constituye una verdadera riqueza mientras que la caballería se monta en caballos comprados ó de requisa, tiene que responder casi siempre de ellos ó justificar sus bajas, y no debe apoderarse ab irato de los que tienen propietario.

Pero si esto resulta más costoso para el Estado, favore-

ce mucho para el orden y la instrucción táctica, pues los jinetes conocen sus respectivos caballos y éstos reciben doma y enseñanza, que facilita notablemente las maniobras. Por eso nuestra caballería ha de ser más potente siempre que la insurrecta, aun aceptando todas las desventajas que los peninsulares puedan encontrar por las condiciones del ganado y del terreno de la isla, pero no imitando nunca la descosida organización de las partidas montadas y mucho menos queriéndola combinar con principios reglamentarios, que son del todo incompatibles.

Y ampliando estas ideas, no es ocioso advertir que la caballería no puede operar aislada, sin menoscabo y peligro del prestigio que debe conservar, como todas nuestras tropas, pues le faltan elementos de fuerza que complementan las otras armas, y sólo en determinados casos es aceptable utilizarla sola, formando unidades desbastante contingente, y aun así las columnas de caballería independiente llevan de continuo agregada la parte proporcional de arti-

Uería que necesitan para tener resistencia y no versé en el caso lamentable de una desastrosa retiíada. Por otra parte si la infantería que pintamos antes, sufriendo en desfavorables operaciones, la suponemos con caballería que explore sus marchas, avance su servicio de seguridad, detenga el primer ataque del enemigo y persiga al contrario después de vencido, disfrutará ya de una comodidad y un desembarazo que ha de redundar en beneficio del buen éxito cuando llegue al combate.

La caballería, empleada como aconseja el arte de la guerra, no servirá para seguir el rastro de los rebeldes, á todas horas y en cualquier parte, pero donde los combata, es incontrovertible que los destruye.

IX

Armas de combate. Artilleri/i.— Ingenieros.

Eos crecientes adelantos de la artillería han modi* ficado su carácter primitivo, aumentando la importancia y aplicación que, desde luengos tiempos, tuvo siempre en el ejército .

Por el pesado material, las maniobras de fuerza y la estabilidad que exige, ha sido utilizada principalmente como arma defensiva ó de sitio, y aunque la de batalla formó parte de las columnas en muchas campañas, ofrecía dificultades sin cuento para su custodia y transporte; mas hoy, merced á los progresos de las ciencias mecánicas y naturales, dispone la artillería de cañones relativamente ligeros, de tal precisión, alcance y efecto destructor, tan sencillos y fáciles de manejar ó de conducir, que ya puede ser la compañera inseparable de las otras armas en marchas y operaciones rápidas, proporcionando más ventajas que molestias y decidiendo la victoria con el indiscutible poder, que finaliza breve y satisfactoriamente la guerra.

Es justo recordar que nuestro Cuerpo de Artillería ha seguido todos estos progresos y que se encuentra á la altura

de los más adelantados. Si no tenemos tantas baterías como las naciones de primer orden, se debe á la penuria crónica del tesoro español; pero los cañones Hontoria y Sotomayor, el modelo más perfeccionado del fusil Maüsser y otros muchos inventos que honran y enaltecen á aquel Cuerpo, son muestras bien patentes de su ilustración, de su celo y patriotismo .

Tenemos, pues, la base para disponer de toda la artillería necesaria; puesto qne el Gobierno y la Nación han probado que están resueltos á todo género de sacrificios, y las economías del tiempo de paz no han de poner trabas á nuestros entusiastas artilleros. Pero, prescindiendo de todo lo dicho, ponderan los separatistas y no pocos patriotas incautos la imposibilidad ó, al menos, la extraordinaria dificultad y aun LA INCONVENIENCIA de utilizar artillería en la guerra de Cuba.

Parece mentira que esto se diga en el siglo XIX, y que Aníbal pasara los Alpes con su pesada impedimenta en el año 218 antes de J. C.

Mas como todo tiene explicación, se justifica la citada herejia militar: en los patriotas, por una ignorancia supina de los elementos, aplicaciones y efectos de la artillería moderna; y en los separatistas, porque saben de cierto que burlan, fatigan y merman la infantería y caballería con esa táctica indecorosa, traidora, cruel y cobarde, característica en sus combates, pero que no tienen pechos valerosos para machetear á los sirvientes de una pieza, ni medios de contestar á los disparos de una batería.

Veamos ahora los múltiples servicios que pueden prestar nuestros artilleros en la guerra de Cuba.

Las poblaciones importantes y determinados puntos del litoral de la isla reclaman, hace tiempo ser artillados con-

forme á los últimos adelantos, con piezas de plaza y costa, pues chapeando ciertos sitios, ligando con alguna columna ó fuerte las baterías que no pudieran apoyarse mutuamente con sus fuegos, se ahorraría mucha fuerza de la destinada

á descubrir ó evitar desembarcos, disminuyendo la extraordinaria fatiga que este servicio ocasiona en terrenos generalmente pantanosos y palúdicos y cerrados por espesa maleza.

Ño hemos podido todavía explicamos por qué se desprecia en Cuba la .artillería de costa para auxiliar á la marina en la vigilancia de los infinitos cayos que rodean la isla y del inhospitalario suelo que forma su litoral, y menos se comprende la tenaz insistencia de reducir la artillería de plaza á la defensa de la Habana, Santiago de Cuba y algún otro punto. Dirán los rutinarios que para las pequeñas embarcaciones que pueden utilizar los insurrectos y para los escasos grupos que verifican los desembarcos de armas, municiones y pertrechos de guerra no son necesarias piezas de gran potencia; mas se atreverán á negar que serían muy convenientes cañones de mucho alcance, puestos en baterías dominantes?

No es el terreno de la isla, como se pinta con frecuencia, un sólido de manigua y bosque, donde la guerra se convierte en humana y horrorosa cacería; hay no pocas y extensas zonas cubiertas de magnífica y exorbitante vegetación; pero hay también dilatadas llanuras ó sabanas, comarcas inmensas de terreno que tiene pocas alturas y

depresiones, donde el matorral ó la plantación son de poca altura, y en todos estos sitios despejados una batería, con alguna guarnición para su defensa, frustraría no pocas marchas, operaciones y desafueros de los insurrectos en la extensa zona qt)e pudiera dominar. Recuérdese que nuestra

Península conserva todavía multitud de castillos y ruinas de otros que sirvieron en la Edad Media para mantener los poderes constituidos y el orden en los ilimitados campos donde se libraban las tenaces y distintas luchas del feudalismo y de los árabes contra monarcas ó caudillos cristianos, y fíjese la atención en que tales fortalezas sin cañones no podían ofrecer las ventajas ni ejercer la vigilancia y dominio que hoy puede obtenerse de una sencilla batería . Téngase en cuenta asimismo que la guerra de Cuba es para el ejército nacional en cierto modo, y en múltiples ocasiones, esencialmente defensiva, puesto que debe custodiar centros de población ó riqueza, puntos importantes para las comunicaciones y para la seguridad de los ciudadanos pacíficos; y puesto que una ocupación militar es prematura en el período de cruda guerra, hay qué suplir dicha ocupa-

ción, y á la vez auxiliar á las columnas de operaciones con multitud de baterías hábilmente distribuidas, que tengan piezas, no de mucho poder, pero sí de mucho alcance. Todavía nos contestarán que semejante sistema invertiría mucha tropa y que tales puntos fuertes quedarían á merced del enemigo. A eso responderemos que las estaciones heliográficas no tienen artillería, y, sin embargo, no son atacadas, á pesar de su escasa guarnición y de su aislamiento. ¡Cuántas veces desde la estación se hubieran destrozado partidas si hubieran podido dirigir granadas adonde enviaban las visuales de sus anteojos! Dirán aún los más tenaces en sostener las utopias militares del país que lo que proponemos es ruinoso para el Estado; pero reflexionen que, si bien es costoso el material de artillería, es mucho menos que la prolongada alimentación y los distintos servicios que entraña el sostenimiento de numerosos combatientes, y sobre todo, que es menos caro que la sangre y la vida de

los soldados y los sacrificios morales de todo un Pueblo .

No sabemos para qué tienen una táctica especial las fuerzas de artillería á pie, si éstas han de maniobrar y hacer el

mismo papel en la guerra que los batallones de infantería, ni alcanzamos la razón de clasificar tropas si no tienen distinto carácter y objeto.

Como las partidas insurrectas no tienen gran consisteneiajt podría emplearse en las baterías de posición mucho material de sitio y auá 4 campaña, utizando este último sólo en cohimnasue operasen donde fuera el terreno despejado y duro é invirtiendo el de montaña donde abundase el monte, la manigua ó el suelo blando.

A pesar de la oposición sistemática que se hizo á los cañones Plasencia, se ha tenido que reconocer su indudable utilidad tan pronto como acompañaron á nuestras colum ñas; pero un cañón solo es en la batería lo que una sección en la compañía, pltrte de un todo completo al que no puede sustituir. Estudiadas las condiciones de cada arma, se han establecido límites prudenciales de fuerza para formar la unidad de combatey y aun escatimando mucho la artillería, no puede producir los efectos de que es capaz ni se logra emplearla con regularidad, orden y provecho con menos de cuatro cañones, ó siquiera dos, que forman una sección.

Si no se pueden suprimir las acémilas con municiones y

víveres, que constituyen una indefensa y molesta impedimenta, ii qué obedece ahorrar las pocas cargas que se necesitan para una pieza? Por cuatro ó seis mulos menos, quitamos gran poder á la columna y no se aligera apenas.

Por otra parte con un cañón ni con dos puede avanzar la artillería, castigando al enemigo en sus retiradas; una sola pieza no puede establecer ángulos de fuego ni puede batir

más que un punto ó varios con intermitencias, que no son aceptables cuando el enemigo es propenso á moverse y á huir. Y sobre todo, ¿cómo puede un capitán administrar y dirigir la batería de que es responsable, teniendo el material, ganado y personal de sus cuatro piezas distribuidos en cuatro puntos distantes y á veces incomunicados con el centro de la unidad?

Volviendo á las anteriores reflexiones, si la artillería la empleamos sólo al final del combate, "no descansa ni protege á la infantería; bate al contrario cuando éste se dispone á abandonar sus posiciones, y rara vez puede prolongar sus efectos destructores, porque le falta bien pronto el blanco

para los disparos. Es principio aceptado por todos los es * critores militares que la artillería si no va en vanguardia no debe alejarse mucho de ella, para emplearla tan pronto como se pueda y con objeto de que la infantería vaya ocupando con menos bajas y fatiga las posiciones en que ya fué castigado el enemigo con la explosión de varias granadas.

Véase, por todo lo dicho, cuántas ventajas puede proporcionar en la guerra de Cuba una artillería bien dirigida, tan inteligente y tan valerosa como la nuestra.

Y otro tanto decimos de los ingenieros.

A los ardides truhanescos de los insurrectos es muy justo oponer los ingeniosos y científicos del arte de la guerra .

Si hace falta mucha artillería en la campana de Cuba, es indudable que son necesarios también los ingenieros para la construcción de fuertes, parapetos, trincheras, baterías y demás obras de defensa. Cualquier militar extranjero que recorriese la isla y examinase atentamente

los iortines, blockaus y obstáculos que preservan del ataque enemigo á las poblaciones ó puntos importantes, (or* maria un pobrisimo concepto de nuestro brillante Cuerpo de Ingenieros, por no saber que en muchas de esas obras no ha podido disponer de los recursos más elementales y que la mayoría de ellas son fruto de la genial inventiva de aficionados profanos. Justo es que se haga pública esta afirmación para que no se juzguen torcidamente los actos y servicios de un Cuerpo que de antiguo ha merecido general respeto por su invariable sensatez y por sus profundos conocimientos técnicos.

Pero no sólo para construir obras defensivas son necesarios los ingenieros en Cuba, pues tanto ha progresado su importante servicio, que sería lastimoso desperdiciar las múltiples ventajas que proporciona, limitándolo al restringido puesto que tuvo en las campanas de siglos anteriores.

Los heliógrafos al principio de la insurrección eran para los prácticos aparatos curiosos que se explicaban en las academias, pero que no podían aplicarse para establecer líneas de comunicaciones en Cuba. Fué preciso que los re- beldes cortaran todas las telegráficas existentes para que se aceptase, con gran desconfianza y no pocos remilgos, un reducido ensayo de tal invento, y al fin se convencieron los que no lo conocían de su indudable utilidad. ¡Sabe Dios cuál sería el estado actual de la campaSa si la trasmisión de órdenes y noticias hubiera resultado imposible con el telé- grafo eléctrico, al que ha sustituido el óptico, tan económi ca y sencillamente! Donde falten empleados de aptitud y confianza para el servicio de estaciones telegráficas, donde las vías ferroviarias sean cortadas y destruidas, donde Jos trenes puedan sufrir averías, tienen los ingenieros amplia esfera de acción, que es conveniente fomentar en beneficio

de las tropas. Y además de todo esto, ¿por qué las colum- nas no han de llevar su dotación de zapadores para recom • poner puentes destrozados, facilitar malos pasos, contribuir á la mayor comodidad y á la mejor defensa del vivac ó del

campamento, y hasta n determinados casos para sorprender y desconcertar al enemigo con fogatas pedreras, proyectores eléctricos, proyectiles incendiarios y otros mil recursos de glierra? ¿Por qué el serviqio de correos no ha de organizarse militarmente bajo la dirección de los estados mayores, proporcionando á todos los defensores de la patria el justísimo consuelo y la fuerza moral que presta un seguro y rápido cambio de noticias con las personas de su mayor afección ó con los depositarios de sus intereses? ¿Por qué los zapadores no habían de ayudar en la apertura de fosas, para que fueran breves los enterramientos y para que se realizaran en condiciones higiénicas? ¿Juzgan los impugnadores del orden, de la organización y del arte en la guerra de Cuba que lo ya expuesto y otros servicios análogos son imposibles ó desventajosos?

Pues arrostrando las burlas y desdenes de cuantos así piensen, es oportuno y patriótico luchar contra tales obcecaciones rutinarias, y convencer de tamaño error á los que se abisman en las vagas y caprichosas teorías de un arte, más que regional, fantástico, y más. que irregular, desarreglado .

No basta que la infantería venza á los insurrectos; es preciso que la caballería los acose, que la artillería los des-

truya y que el ingeniero los coarte y anule.

X

Administración y Sanidad Militares.

EMOS oído en Cuba que una columna no necesitaba servicio de Administración Militar...

Exceptuando á Moisés, {cuánto hubieran dado por este secreto los grandes capitanes que registra la historia!

Por nuestra parte, y con el deseo natural de aprender, intentamos descubrir los medios conducentes á tan notable simplificación, y sólo hemos acertado con dos: que los soldados no coman, ó que cada cual se busque el sustento como pueda. Ambos procedimientos son muy sencillos, y es lástima que Odier gastara su inteligencia en profundos

estudios administrativos. No obstante, el primero será rechazado por todos los militares y el segundo será muy cómodo para el jefe, pero inseguro y penoso para la tropa y no poco desagtadable para los capitanes y subalternos.

Ya se sabe cuánto se prefiere en España la administra* ción por cuerpos, y no viene al caso discutir si es mejor éste ú otro sistema; pero es oportuno recordar que semejante medio de abastecimiento no puede seguirse de una manera absoluta, en ninguna campana y mucho menos en

la de Cuba. Cuando está de guarnición un regimiento, sus jefes y oficiales tienen tiempo suficiente para velar y dirigir la administración interior de aquel cuerpo, disponen de consignaciones periódicas y seguras , utilizan los recur* sos del mercado y del comercio, y su celo, emulación é interés garantiza el bienestar del soldado. En la camparía de Cuba es frecuente el fraccionamiento de los batallones; las oficinas del detall no pueden seguir á las fuerzas que administran; los jefes y oficiales están abrumados de trabajo y fatiga por las atenciones del mando militar que no

I

les dejan tiempo ni para su natural descanso; no existe, pues, la imprescindible distribución de vigilancia y responsabilidades que exigen las funciones administrativas; no reciben con exactitud, por mil diversas causas, las cantidades que deben invertir para el suministro y alimentación de su tropa; carecen, por la movilidad que reclama la campaña, de medios para aprovechar las ventajas de oferta y demanda que resultan en las transacciones comerciales de una población; y sobre todo, en el campo, más que penosas y difíciles, es justo llamar aflictivas las gestiones á que se ven obligados para el abastecimiento de su fuerza. En las últimas maniobras que se verificaron, se reconoció la imperiosa necesidad de aumentar el servicio administrativo de las unidades en campana, y ahora quieren \os prácticos de Cuba suprimirlo radicalmente y que baste y atienda á todo el de plaza.

Tan descabellada pretensión sólo puede explicarse por un lamentable desconocimiento de la Administración Militar, del complicado pero armónico mecanismo con que ha prestado importantes y trascendentales servicios en campañas recientes, y del auxilio cercano é ineludible que debe

prestar á las columnas de operaciones. Si cada una de

93

éstas lleva personal adecuado á su fuerza, del Cuerpo Administrativo en contacto íntimo con su estado mayor, se aprovecharán oportunamente todos los recursos del país y todas las existencias de las factorías, se reclamarán á tiempo el metálico y los artículos que puedan hacer falta, se llevará la contabilidad con orden y precisión; y si los cuerpos han de satisfacer sus respectivos gastos, recibirán los cargos justificados equitativamente y con la debida exactitud; los jefes y oficiales se verán así descargados de una abruma dora y constante responsabilidad, que aun haciendo los mayores esfuerzos ha de distraerlos de sus obligaciones puramente militares, y en tales casos más importantes que ninguna; y al soldado se le proporcionará el descanso y la regularidad higiénica en su alimentación, que mantiene y fomenta, á la vez que su espíritu, sus energías vitales. No se puede exigir á ningún jefe de columna que vaya anunciando á todos el pensamiento y proyectos que le guían en las operaciones, como puede hacerlo á su comisario; ni aunque así íuera, es posible que dicho jeie atienda á los

detalles de abastecimiento, ni que los capitanes y oficiales que coadyuvan á tales operaciones vayan preparando en marcha, reconocimientos y combates los medios y recursos para cuando acampen ó se alojen.

Llevando cada unidad el servicio adecuado para su administración, no se verá nunca un jefe del ejército en gravísimo apuro por no poder facilitar á los oficiales, para sus immeras necesidades, ni aun pequeñas sumas á cuenta de las pagas que han devengado; no tendrá que sufrir el bochorno de contraer deudas onerosas ó aguantar groseras repulsas, cuando pida urgentemente modestas cantidades para sostener á la tropa que ha de batirse con él; y alivia <
do de estas cargas excesivamente domésticas, unificando la

contabilidad y haciendo más fácil su inspección y vigilancia en asunto tan delicado, será también mayor el despejo y serenidad que debe tener su espíritu en las múltiples y graves circunstancias á que ha de llevarle su importante mando militar.

Pedir lo imposible ha sido siempre equivalente á no realizar siquiera lo factible, y los que defienden esa descosida administración, ó quieren poco á nuestras sufridas tropas, ó deben confesar que, ignorando cuantos adelantos se han hecho en tan importante servicio, proponen únicamente el que á ellos se les ha ocurrido.

Las factorías de plaza no tienen otro carácter que el de depósitos, que formarán lineas de abastecimiento más ó menos avanzadas, pero que nunca pueden subvenir á las necesidades diarias y perentorias del ejército en operaciones, ni prestarle inmediato servicio en su constante movilidad.

Ya sabemos que á esto, como á todo, han de contestarnos que la guerra de Cuba no es una guerra formal, pero como suponemos que esta célebre muletilla no la emplean en el concepto de que haya falta de seriedad, nos harán la justicia de convenir en que una campaña donde hace falta la rapidez y la actividad, y que se desarrolla en terreno inhospitalario, cuyos frutos son dañinos en gran parte para el ejército y cuya población no es siempre amiga, reclama, doblemente que otra alguna un servicio administrativo extenso, movible y cercano á las columnas, pues no se concibe que éstas dejen atrás sus elementos; ni es

lógico que los auxilios que deben seguir á las tropas se estacionen para que sean buscados por ellas, abandonando acaso la lucha ó la persecución del enemigo.

Y suponiendo ya que hemos convencido á nuestros ad-

versarlos, ¿nos dispensarán que tampoco estemos conformes con el empleo de columnas de operaciones para la custodia de los convoyes? Porque ha de tenerse en cuenta que éstos no son los que siguen á las tropas sino los destinados á proveer factorías y destacamentos, y por lo tanto pertenecen al servicio territorial militar periódico, permanente, y que por su misma regularidad no puede sujetarse á las incidencias y fortuitos sucesos de la campana. Pretenden todavía que las fuerzas dedicadas á la destruc • ción de una ó. varías partidas, y cuyas posiciones y movimientos obedecen á un plan determinado con tal objeto, suspendan su operación y alteren sus objetivos porque una factoría necesita reponer las existencias? Pues convengan asimismo en que con tal sistema parecería que las tropas se dedicaban más á mantenerse cerca de los insurrectos

que á batirlos y castigarlos, y se proponen precisamente todo lo contrario .

Como sucedió otras veces, nos ha sorprendido la actual campana sin tener organizada ninguna brigada de traspor-tes. El celo de las autoridades militares y del Cuerpo Ad-ministrativo ha subsanado esta deficiencia, creando rápida-mente' las compaSías que hoy prestan servicio; pero no se pueden comprar y construir en un momento bastes, arreos y envases apropiados; el personal que se recluta cuando apremia la necesidad carece de aptitudes para el trabajo á que se le destina, y como procede naturalmente de clases bajas, deja mucho que desear en cuanto se refiere á subor* dinación, confianza y valor, por lo cual no se le permite ir armado. Fácil es comprender que con tales elementos el oficial de trasportes resulta un mártir de su obligación, si quiere desempeñar, cual corresponde, su modesto pero útilísimo é importante servicio. Cuando el convoy no es de

96

acémilas y sí de carretas, la Administración Militar no dis-pone de material propio y tiene que someterse á las des •

favorables condiciones de una requisa molesta, premiosa y no pocas veces violenta, dirigida y ordenada por alcaldes que no siempre tienen la energía, la actividad ó los funcionarios municipales que exigen operaciones tan urgentes. Tales dificultades que hoy vencen el patriotismo y el sacrificio por el deber, no existirían organizando el servicio administrativo como aconseja el arte militar.

Y para concluir las presentes reflexiones, bueno será que se advierta, á los que, sin prestar servicio militar, solicitan ser racionados por las factorías, que no hay cuerpo administra tivo que pueda proveer á un pueblo, ni hay Estado con recursos bastantes para alimentar á su población civil.

En casos determinados el comercio y la sociedad acudi* rán en socorro de alguna provincia y el Gobierno tomará la parte que le corresponde en esta obra caritativa; pero la administración militar, que debe atender, en primer término, á un ejército en campaña, debe ser dispensada siempre de servicios ajenos al principal que tiene, porque en ella la obra piadosa de dar de comer al hambriento podría trocarse en la injusta de aminorar el sustento del soldado que expone la vida por defender á su patria.

El Cuerpo de Sanidad Militar tiene tan corta como bri-

llante historia, y en la campaña de Cuba está conquistando una de sus más gloriosas páginas. Los médicos se afanan y multiplican para prestar inapreciables servicios: al frente y bajo el fuego del enemigo, en los hospitales militares y en las poblaciones, despreciando su vida lo mismo durante los combates que durante las épocas del vómito negro y de otras mortíferas epidemias. Cuentan los insurrectos como

un arma favorable á sus pretensiones el efecto destructor que produce en la naturaleza del europeo el clima la vegetación Y el terreno de la isla, pero no han contado con nuestro Cuerpo de Sanidad, que se consagra á profundos estudios y trabajos improbos, y así arranca de la muerte á innumerables combatientes.

Merece gratitud y reconocimiento nacional el Ministro de la Guerra que, rápidamente y con largueza, ha remitido á Cuba vendajes antisépticos, botiquines, aparatos é instru •

mentos quirúrgicos ropas y medicinas y hasta hospitales de madera desarmados, para que se instalasen donde fuc« ran necesarios, con brevedad y en las mejores condiciones; así como son acreedores al general respeto cuantos médi eos han organizado la multitud de enfermerías y salas clí- nicas que hoy existen, haciendo prodigios de actividad y de ingenio para vencer las dificultades que se les han pre- sentado. Consuela verdaderamente visitar aquellos hospita- les, en que por nada se altera el orden, donde se observa la más escrupulosa limpieza y donde todos los enfermos, á pesr de las contracciones del sufrimiento, tienen el apaci- ble semblante y la dulce mirada del que está satisfecho y agradecido. Allí el doctor, además de hombre de ciencia, es un padre, cuyos sacrificios han de merecer muchas ben- diciones en todos los hogares de EspaSa; y como comple- mento de estas obras grandiosas, no siempre bien aprecia- das, brilla, con fulgor divino, ese modesto ángel de la tie - rra que se llama Hermana de la Caridad.

Pero si todo esto es satisfactorio y laudable, resultará imperfecto y deficiente si, cual quieren los prácticos de la isla, divídese el ejército en pequeñas columnas desligadas y repartidas. Con tal sistema no habrá personal sanitario que baste para el servicio de los hospitales y de las tropas

7

en operaciones, faltarán botiquines y muchas fuerzas irán tras del enemigo sin la esperanza siquiera de recibir el auxilio médico cuando sufran bajas.

Estas fuerzas serán siempre las menos numerosas y, por lo tanto, las más expuestas á ser mermadas, pues ya se sabe que los rebeldes sólo aceptan combate cuando se consideran superiores por su posición ó su contingente.

No es posible tampoco exigir á un cirujano que desarro lie todas sus facultades y habilidad con los sencillos y escasos elementos de una ó varias carteras de compaSiay no hay otro medio de proporcionarle mayores recursos que estableciendo ambulancias y hospitales de sangre. Todo esto no concuerda con la teoría cubana; pero evita que una lucha más ó menos desgraciada se convierta en catástrofe, ó disminuye siempre la mortalidad y aligera las columnas por ser fácil la retirada de contusos, heridos, cansados y enfermos, como la incorporación de los ya curados.,

Y así, nunca resultan los convoyes de heridos operaciones arriesgadas que, ante un enemigo desmoralizado, cruel y cobarde, pueden llegar á ser temerarias y funestas •

Dirán que el celo de nuestros médicos supera los obstáculos de la guerra, como dicen que el valor del soldado espaSol arrolla á cualquier enemigo. ¡Verdad es! pero si hemos de dejar que produzcan solas sus naturales efectos esas dos grandes virtudes, ninguna falta nos hacen la decantada práctica ni el problemático arte de la guerra de Cuba.

XI

Guerrillas, Voluntarios y bomberos.

■ I L lector que haya tenido pacieacia para seguir las V...-Aw anteriores reflexiones creerá sin duda que en este

capítulo hemos concentrado los guerrilleros voluntarios y bomberos para lanzar sobre todos juntos el anatema final contra los prácticos de la guerra de Cuba. Si así piensa no es culpa suya, y acaso es nuestra, por haber dejado de ad - vertir que tales prácticos son sabihondos, que no forman corporación alguna y se hallan esparcidos, como la mala semilla, haciendo dañon todas partes. Dejemos ahora esa planta exótica y maléfica de la isla, para dirigir la atención á las propias del país.

El guerrillero cubano es el guerrillero español, y esto basta para hacer su apología.

Humilde como un esclavo, frugal como un asceta, fuerte y duro como el roble, atrevido y osado como un demente, con la astucia del tigre y el empuje del león: tales son aquellos hombres, con los cuales se va seguro por cualquier sitio y se castiga fácilmente á cualquier partida. Pero no 8 olvide (jue, acostumbrados á la vida libre del campo,

impelidos á la guerra, no sólo por entusiasmo patriótico,

sino también por enconos regionales y de localidad, libres de todo juramento, desconocedores del Código militar, sin ninguna instrucción táctica y, aunque obedientes y sumisos, ajenos por completo á los hábitos de una estrecha disciplina, no pueden tener el valor intrínseco del soldado, como elemento de guerra aunque fueran más valerosos, ni formar unidades sólidas, resistentes y de gran ímpetu ofensivo, y mucho menos constituir por sí solos fuerzas considerables con la potencia de un ejército regular.

Es convenientei pues, utilizar las guerrilla! del país, como se aprovechan en toda campaña las fuerzas irregulares, y no dejarse llevar del justo aprecio que merecen hasta concederles mayoj' importancia de la que en sí tienen, por su manera de ser, y las ingénitas condiciones que les dan un carácter especial, absolutamente diverso de los que distinguen á las cuatro armas de combate.

Las guerrillas prestarán servicios inapreciables en los reconocimientos, flanqueos, concentración de ganados lige ros combates para explorar ó atraer al enemigo, sorpresas de fuerzas acampadas, persecución de pequeñas partidas ó de grupos fugitivos, requisas de caballos, conducción de prisioneros, descubiertas de plazas, razias ó raids en pequeña escala, extinción de incendios, y tantas otras peque-

ñas operaciones en que favorece el conocimiento del país que tienen los guerrilleros, así como su misma falta de cohesión; y que á veces no deben practicar las tropas, bien para mantener intacto el contingente de las unidades, bien para evitar que se cansen ó desmoralicen.

Y no se pretenda organizar las guerrillas dándoles as- pecto de cuerpos militares, pues si tanto consiguiéramos á fuerza de tiempo y de trabajo, resultarían tropas bisoñas, y

habrían perdido las condiciones propiasy esenciales, que siempre tan célebres las hicieron y con las que tantas vic tonas alcanzaron. Los guerrilleros son leales y constantes pero no se avienen fácilmente á ser administrados con el detalle y minuciosidad que las tropas, resultando más cos- tosos que éstas porque tienen muchos de ellos deberes de familia ó desgracias y atrasos que les obligan á salir de su hogar.

En cambio no producen gasto alguno de vestuario, y sólo hay que pagarles un modesto equipo y facilitarles ca«

ballos y armas.

En la campaña de Cuba se necesitan muchas guerrillas, porque si bien la actual tiene distinto carácter que las anteriores, puesto que es más de conquista que de represión, todavía se presentan los rebeldes muy divididos y distanciados, adoptan frecuentemente los ardides y el capcioso merodeo de los partidarios, resisten mejor que nosotros las inclemencias de aquella atmósfera y las dificultades de aquel terreno; conocen, al detalle, las sendas, escondrijos, vados y posiciones de la comarca y se alimentan opíparamente con los frutos del país.

No t:abe duda, por lo tanto, que coadyuva á la acción imperiosa, dominante, invencible del ejército, oponer á las pequeñas partidas, y en multitud de ocasiones, la acción de elementos iguales al enemigo en astucia y naturaleza.

Pero nada ó poco se conseguirá en tal concepto con las guerrillas mixtas de paisanos y soldados, que se organizaron trabajosamente al principio de la campaña, no por creerlas buenas, sino por la carencia de hombres leales que tuvieran aptitudes para responder á la confianza del mando de tales fuerzas, y sobre todo, porque no había tropas suficientes para formar un núcleo importante que diera proteo-

Clon Y solidaridad á dichas guerrillas. Y como en Cuba nada había preparado para la guerra, como no fuese el enemigo, la escasa inüanterfa de marina que se envió, en vez de gnar neccr los bnqncs y las costas, hobo qne emplearla como infantería del ejército, 7 enseñar á montar en pocos días á unos coantos oficiales 7 soldados para qne sirvieran de base á la guerrilla de cuerpo, con lo cual Cegamos á tener caballería de marina. No ha7 para qué decir qne ésta 7 todas las guerrillas similares formadas con infantería, eran tropas montadas, pero estaban bien lejos de ser fuerzas irregularef del país. Y ahora es oportuno tratar ligeramente de dicha infantería montada, s ofrerános en el capitulo octavo.

Esta mixtificación, que tantos defensores tiene, proporciona indudables ventajas en ciertos casos, pero es difícil su empleo constante. Si queremos tener para un combate rudo la infantería pura, con toda su resistencia 7 poder, 7 deseamos llevarla, fresca, descansada 7 rápidamente, al teatro de la lucha, será conveniente montarla para conse-

guir nuestro objeto; pero al llegar adonde debe batirse, es preciso que desmonte 7 abandone los caballos, pues de otro modo, 7 destinando fuerza para que los tenga del diestro, disminuimos el contingente del arma que queremos utilizar, 7 á ésta la convertimos en dragones, cuerpo especial más propio de la caballería, 7 que por sus condiciones alcanza ma7or rapidez en la marcha. Esto no sería óbice en Cuba, donde ha7 abundancia de caballos, 7 donde importa poco abandonar los que se llevan, puesto que bien pronto se pueden reponer; mas para ello es preciso que la infantería montada no se organice como guerrilla, con ganado propio 7 de responsabilidad 7 que se permita, Con cierta amplitud, la requisa de caballos en cualquier par-

103

te. Una guerrilla formada con soldados de infanteriai con armamento y equipo de caballeriai no es tal infantería, por* que tiene que defender su cabalgadura y porque dispone de arma corta; no tiene las ventajas de la caballeríai ni aun de los dragones, porque le falta la instrucción necesaria; y no se puede considerarcomofuerza irregular, porque tanto equivaldría á relajar la disciplina de soldados que, para ser

guerrilleros, ante todo necesitarían el antiguo conocimiento del país y la aclimatación en el mismo.

Véase, pues, cuántas dificultades se encuentran y cuin distinto rumbo hay que dar á las cosaS; aun contrariándose el mismo que las dispone, por falta de preparación para la guerra, durante el tiempo de paz.

Ahora bien, los que pretenden formar con guerrillas re« clutadas en Cuba una gran parte de la fuerza combatiente, persiguen el más peligroso ideal que puede imaginarse en la actual campaña.

Para realizarlo, puesto que la guerrilla es siempre de corta fuerza, sería necesario organizar muchas unidades de esta clase; y si al empezar la guerra, cuando el enemigo tenía pocos prosélitos y gran parte de la población cubana estaba más propicia que hoy á defender nuestra bandera, apenas ptidjeron completarse algunas guerrillas mixtas y muy pocas de paisanos, es indudable cuan difícil sería obtener ahora mejor éxito en tal empresa.

<Puede alguien asegurar que ningún paisano jefe de guerrilla, entre los muchos que habrían de nombrarse, no lie* varía hombres equipados y con armas al enemigo, por trai-

ción ó por falta de carácter? Evidentemente no, y el que tanta confianza abrigue, convénzase que le ciega el patriotismo, y que aun saliendo airoso en cuanto respecta á la organización y disciplina de las guerrillas, de nada servirían estas

fuerzas sin el apoyo inmediato de numerosas tropas, dado el carácter distinto que tiene la guerra presente, compara da con las que antes ensangrentaron los campps de Cuba.

Otras fuerzas irregulares que se pueden utilizar son las de Voluntarios. Forman éstos un instituto respetable, que siempre se ha distinguido por el más acendrado patriotismo, por elevadas virtudes cívicas y un valor tan generoso que no hay alabanzas bastantes pra ensalzarle ni recom« pensas para premiar los delicados servicios que de continuo presta.

Al toque de llamada en una población, acuden rápida* mente y con el mejpr deseo el padre que deja un hijo enfermo, el comerciante que cierra su tienda, el trabajador que renuncia á su jornal, el novio ó recién casado que

abandona sus amores, el negociante que pierde una trans-
acción, el rico, el pobre, el empleado y el ocioso, todos¿
en fin, atraídos por secreto impulso, que no es sino el santo
y puro amor á la patria, revivido por el son marcial de la
corneta y representado por la hermosa bandera nacional
que ondea y corona el cuartel donde se reúnen.

Razón sobrada tiene el voluntario en Cuba para estar
satisfecho de su conducta como ciudadano y de sus ideas
como patriota, y ya que él no regatea sus sacrificios, es
justo, equitativo y un deber de conciencia que todos le
ensalcemos con entusiasmo y general admiración. Pero
esto mismo obliga á los voluntarios, respecto de los que no
lo son, á corresponder con análogas distinciones, pues de
caballeros hidalgos es respetarse y honrarse mutuamente .

No hay persona, familia ni agrupación humana que no
tenga que lamentarse de algún error, y nosotros creemos que
el noble institutode Voluntarios se duele el primero de haber-

se impuesto hace aSos al general Dulce, pues todos los que sehonran ciSendo un arma y fomentándolas artes la indus tría y el comercio van á la cabeza del progreso de las ideas, y saben que no es justo suponer tibieza de patriotismo en un bizarro general, ni prudente coartar las facultades de los gobernantes, que ya tienen altos poderes que los juzguen; saben también que el pueblo civilizado nó humilla, por propio decoro, á sus representantes, sino que los dignifica y defiende, pues nada significarían y poco podrían ha- cer sin el apoyo y lealtad de sus gobernados; conocen asimismo el principio que sostiene y eleva á toda fuerza armada por el cual no debe emplear su poder sino contra los enemigos de la patria; y comprenden que ya en los tiempos modernos no hay agrupación, por numerosa y per* fecta que sea capaz de sustituir á la pública opinión, que tantas libertades y medios ha conquistado para influir, cuan- to fuera preciso en el ánimo y conducta de los que se hallan investidos de cualquier autoridad

Felizmente hoy dominan estas ideas en el instituto de Voluntarios y con ánimo sereno con generosidad sin limi- tes, ha dado repelidas y hermosas pruebas de valor y disciplina.

Claro es que en Cuerpo tan numeroso y donde no se re-
quiere preparación ni enseñanza alguna, se alistan varios
aunque pocos, á quienes halaga la brillante historia del ins-
tituto y su marcial uniforme sin conocer ni medir los mu-
chos sacrificios que implica el compromiso que adquieren;
pero éstos son muy escasos, y como decíamos en el ter-
cer capítulo, más bien sirven de elemento decorativo á los
muchos modestos y sufridos que al lado de las tropas ali-
vian el servicio militar de guarnición y írecuentemente co-
operan á la victoria en la defensa de poblaciones y fuertes,

en la custodia de convoyes, en los reconocimientos y aun
en las luchas campales.

El voluntario vale tanto como el guerrillero, pero apare-
ce menos pretencioso por la relativa tranquilidad que exig-e
el cuidado de su familia y la atención á sus intereses, á ve
ees respetables y cuantiosos. Por este motivo, las guerrillas
son fuerzas irregulares propias para los servicios de van-
guardia, y los voluntarios, á pesar de su excelente espíritu,

no deben emplearse sino como tropas de reserva, ó á lo más de posición, y siempre con el auxilio inmediato del ejército.

Este apoyo es preciso, porque los voluntarios constitu- yen la masa de población que fomenta la riqueza durante la paz, y no han tenido tiempo, ni deber, ni aficiones para ad quirir los hábitos y las enseñanzas militares que prestan po- tencia y dan garantía de seguridad en la guerra; ellos ofre- cen su cooperación personal, mas debe protegerse con la fuerza táctica de los soldados y la inteligente iniciativa de oficiales del ejército, á quienes compete, por su carrera, el conocimiento perfecto del arte de combatir.

«

Vamos á terminar recordando con gusto á los valientes bomberos de Cuba. En todas las naciones y pueblos es na- turalmente simpático el que arrostra peligros para salvar del incendio y de la ruina á sus conciudadanos; pero tienen los bomberos de la Gran Antilla una constitución tan espe cial y unas tradiciones tan gloriosas, que merecen justa- mente uno de los primeros puestos entre todos los bombe ros del mundo. El entusiasmo popular que allí produce, con mucha razón, cualquiera de ellos, sólo es comparable con

el que aquí obtiene, por impresionabilidad, algún diestro de nombradía y fama El negro que, como tal, es poco apreciado por muchos blancos, se eleva cien codos en su consideración social cuando viste el honroso y extraño uniforme del bombero.

Figuran en el instituto / en la más modesta categoría: condes, marqueses, obreros de color, comerciantes, hacendados y sirvientes. Lo mismo que el voluntario, deja todo. por acudir al cuartel, abandona el bombero lo más preciso para llegar al incendio tan pronto como los preciosos carruajes que conducen el perfecto material, y que tirados por briosos caballos, al galope, recorren vertiginosamente aquellas estrechas calles donde se apiñan viviendas y almacenes y en donde el fuego puede ocasionar mil desgracias y terribles pérdidas. Se aparta de nuestro objeto, y en verdad lo lamentamos, describir el celo constante, la disciplina, el orden, el mutuo respeto, el ingenioso reglamento, ías hábiles maniobras y el magnífico material de este Cuerpo, que tiene por lemas la honradez, el valor y la

caridad. Todo ello merece pluma mejor cortada y sólo podemos enviar al bombero de Cuba nuestra humilde admiración. Pero le hemos citado porque, además del servicio importantísimo y penoso que presta de continuo, cuando la guerra estalla, no quiere ser menos que los demás, y dejando el pico, la bomba ó la herramienta, empuña el fusil y guarnece poblaciones y fortines y se bate con el enemigo. ¿Pueden pedirse á un ciudadano virtudes cívicas más hermosas?

Pues sirva de ejemplo el bombero para demostrar que eu Cuba, con buena dirección y sana moral, son utilizables todos' los elementos para defender á España, y enmudezcan ante él los que abultan el odio del negro, la intransigencia del comerciante, el indiferentismo del poderoso y la rebeldía del guajiro. Dirán que sin estas razones no se justifica la

insurrección; pero bien sabido es que la guerra actual obe-

dece á causas históricas y políticas ya conocidas y que
ofrecen innumerables comprobaciones de los nobles senti-
mientos de aquel pueblo para cuantos lleven la represen >
tación de la caballerosidad española.

XII

La población civil.

HCABAMOS de afirmar una síntesis que acaso parez-
ca atrevida ó ligera á muchos detractores de la
población cubana, entre la cual vivieron, no obstante, du-
rante largas y prósperas temporadas. Preciso es, pues, adu-
cir razones en prueba de que las ideas emitidas no surgie-
ron de un sentimentalismo impropio del serio estudio que
merecen fan graves asuntos.

En la obra lenta. y delicada de cualquier colonización,
puede el país conquistado, si no se atendió á identificarle

con el conquistador, disentir en los principios políticos, alterar el orden y por lo tanto merecer castigo; pero esto no implica, seguramente el definitivo rompimiento entre ambes pueblos de cuantos lazos se hayan establecido, desde luengos tiempos, por recíprocos intereses ó mutuos y ver daderos afectos.

Si por causas históricas, que todos conocemos, no pudo EspaSa cuidarse, como deseaba, del porvenir de Cuba, no hay motivo para declarar, como los separatistas, que nuestra nación fué su verdugo implacable ni mucho menos que

no

ei cubano es más yankee que español. Precisamente los estados americanos, que en otro tiempo vivieron bajo nuestra bandera, han demostrado siempre que sienten como raza latina y que sus preferentes simpatías son para su madre patria. Hoy la población cubana estará más ó menos herida, y otra pequeña parte, impulsada por ajenas influencias y solapadas promesas, se lanzará inconsciente al campo de la lucha, para conseguir bellos ideales, que no ha definido, pero que se pintan en aquellas ardientes y poéticas imagi-

naciones con los vivos colores del ilimitado firmamento.

Mas no se han fijado aún los cubanos en que disfrutan libertades que no disfruta el peninsalar, y atendiendo sólo á la merma de sus riquezas, juzgan unos que se fomentarán mejor con la independencia, otros con la protección de un pueblo mercantil, muchos con reformas liberales, y casi todos con la autonomía administrativa. Olvidan los prime ros que un pueblo no puede ser independiente cuando carece de territorio bastante, de producciones varíadasi de población unida por tradiciones, que se baste á sí misma en las múltiples esferas de la actividad humana y que sea suficiente para hacerse respetar y para influir en el concierto de los demás estados; no se fijan los segundos en que el mercader nunca protege y sólo atiende á su lucro; esperan los ansiosos de reformas que males hondos puedan curarse con modificaciones políticas, y no quieren reconocer los autonomistas que muchos vicios administrativos no proceden de aquí, sino que allá nacieron y allí se naturalizaron.

Mas unos y otros conservan un afecto á España, que hoy velan ciertos enconos, pero que puede fomentarse y crecer, recobrando la intensidad que en otros tiempos dio motivo á tantas simpatías y á tantos vínculos de amor y

amistad como ligaron y aún ligan á multitud de peninsulares y cubanos.

La Gran Antilla es como la joven rica y hermosa que, ofuscada por inconvenientes cariños y alabanzas maternales, se rebela á sufrir en su hogar los reveses de fortuna y atiende incauta los falaces halagos de apuestos ó adine* rados conquistadores.'

Pero tales situaciones se han salvado no pocas veces con una inteligente dirección y con el imperio de la moral, puesto que todavía no ha muerto en Cuba el germen de cariño á España,

Dirán los pesimistas, y son bastantes, que todo lo dicho es pura utopia, y sacarán, como ya lo han hecho, el ejemplo de la multitud de negros que siguieron á los Maceos, deduciendo sentenciosamente que la guerra actual es una lucha de razas.

No hay que dar tanta importancia á la campaña de Cuba. Si la fílosofia de la historia se fundase en episodios, no sería necesario hojear mucho para oponer al ejemplo citado otros mil de laudables y heroicos servicios que han prestado y todavía prestan á España esos infelices negros, sobte los cuales quieren algunos echar todas las culpas

ajenas.

Si fuera cierto que hoy se libraba en la isla una guerra de razasi hubieran acudido á defender los intereses comunes de la suya todos los negros de América; no militarían en las partidas insurrectas mulatos y blancos con el ca< rácter de jefes, y los criollos, á quienes mira el negro con más desconfianza que al peninsular, serían los primeros víctimas de las fuerzas insurrectas. Que Maceo quisiera defender sus ambiciones bajo este aspecto, nada tiene de pxtraño, pues de sobra estaría convencido de la tenaz re-

sistenda que para colmar sus ilusiones habrían de oponerle todos los blancos separatistas hasta en el caso de haber cedido el campo los espa&oles.

Pero no demuestra el carácter general de la guerra el que un cabecilla se valga de estos u otros artificios para reclutar gente y adquirir mayores simpatías.

La raza negra tiene en Cuba numerosísima representación, y proporcionalmente no es la que más nutre el con tiñgente rebelde; es tan humilde y sencilla como vigorosa y terrible; sufre con los' odiosos recuerdos de la esclavitud, pero sabe que labraron su libertad los españoles, y aunque todavía carece de cultura y, por lo tanto, de significación es evidente, palpable al menos observador, que no sólo dedica á España un profundo y leal afectOj sino que suena con sus distinciones y considera como encanto difícil de lograr una visita á la Península. Nada entusiasma á un negro como el uniforme militar español; lo lleva con tal gallardía, satisfacción y orgullo, que bien podría servir de modelo á los desgraciados, como Miró, que olvidaron su patria y su hogar; es bizarro, obediente y sufrido; se encariña con nuestro soldado porque le rinde fervorosa admiración, y cuando por su valor tiene alguna recompensa,

de cruz ó grado, ostenta las insignias con el mayor deporo y trata de merecerlas cada vez más. Este tipo, apenas bosquejado, es bien conocido en el ejército de operaciones, pues condensa el de multitud de guerilleros, prácticos, voluntarios y bomberos .

Lo que atormenta y ofende al negro y al mulato, lo que le lleva acaso con Maceo ú otro cabecilla, es la constante preterición, el pertinaz desprecio y el villano empleo que de él se hace, por añeja rutina del país ó por vanos egoísmos; pero sabe que no ha dado motivo para ello, y, sin

embargo, rara vez le consideran como á los demás, fuera del templo católico.

Si les dimos religión, bandera y libertad, porque era justo, elévense también las condiciones de su pobre vida, halagando inofensivos gustos, dando esperanza y premio á su laudable aspiración, y ellos serán los más resistentes soldados que con Ips nuestros defiendan la integridad del territorio español.

Y ahora fijémonos un momento en el criollo .

La indolencia natural, que también siente el europeo en aquel clima tan cálido y debilitante, desarrolla la empleo, manía entre los hombres medianamente acomodados, y es necesario, por lo tanto, vigilar con asiduo esmero todos los centros de instrucción para que sean verdaderos planteles de funcionarios inteligentes, discretos y patriotas, no sólo para la isla, sino para todo el territorio espaSol, pues de este modo se amplía el horizonte de los cubanos que siguen carrera ó profesión y se multiplican las relaciones que deben mediar entre países tan apartados por la distancia y tan unidos por su bandera. Hay en nuestro ejército muchos oficiales antillanos, y se han distinguido siempre por su disciplina y patriotismo; pero conviene también facilitar los estudios especiales, lo mismo que en el elemento civil, con objeto de extender la esfera de acción y las nobles ambiciones del elemento joven de la isla y, al propio tiempo, que aproveche España tanta riqueza dé inteligencia y trabajo.

La escasez de comunicaciones, las grandes propiedades que hay en la isla, nuestras leyes municipales y electorales, hacen allí del propietario un señor feudal, y

aunque la prudencia y buen deseo de casi todos ha evitado

un cpnñicto parecido alds Irlanda, es indudable que, aumen-

8

tando los centros de población y ampliando cada cual sus miras y negocios industriales, se aumentarían los ingresos, por tal concepto, y el bienestar del pobre.

El guajiro vive á merced del propietario ó de la tienda del campo, y no con la dependencia lógica del servidor ó del consumidor, sino con circunstancias deprimentes, que de continuo agobian al trabajador y muchas veces son contrarias al libre ejercicio de la industria ó del comercio.

Salvadas estas dificultades, que estrechan la vida del guajiro, encontraremos en él la bondad y buen deseo que le caracterizan y será tan leal como cualquier español, pues de españoles procede .

El comercio de la isla se puede asegurar que está casi

vinculado en peninsulares, cuya misión, en tan apartadas regiones, toma una importancia de trascendencia suma.

No es necesario referir, porque es antiguo, público y notorio, el patriotismo de los comerciahtes de Cuba. Casi todos son voluntarios y casi todos han contribuido con gran • des cantidades á la realización de los intereses públicos y al mantenimiento del orden.

Han derrochado, pues, vidas y haciendas, pero acaso hubiera sido preferible más comedimiento en el generoso donativo de capitales, y mayor limitación en el tanto por ciento que representaban sus ganancias. Ya es sabido que los más eminentes economistas opinan que la mejor fuente de riqueza es la regular distribución del trabajo y del capital, y no puede conseguirse, en manera alguna, acaparando negocios con grandes sumas y mucho menos elevando el interés natural de contratación hasta hacer, en determinadas ocasiones, imposible la demanda. Es evidente que el que da con largueza tiene que ganar con abundancia, pero generalizado este sistema en un país, se altera la marcha

natural de la producción, se disminuye el trabajo, toma la riqueza un carácter ficticio que perjudica á la propiedad y se bastardean, en todos conceptos, las condiciones y leyes económicas que deben ser la garantía del bienestar y de la honradez.

En prueba de lo dicho, basta recordar cuántas veces los altos precios de artículos imprescindibles ha producido á la vez una situación crítica á una provincia, á la oficialidad que la defendía y al mismo comercio que suministraba. Claro es que tales problemas deben resolverlos personas peritas y los hombres de Estado, comenzando por estudiar una perfecta ley y una severa administración de aduanas.

No importa menos, en la guerra, la actitud y conducta de la población civil que sus relaciones con el ejército. Por buenas y favorables que sean aquéllas, nada ó poco val- drían para el buen éxito de la campaña si no se utilizaban estrechando la vaga unión que normalmente existe entre ambos elementos, con cierta comunidad de intereses y con estímulos de amistad y trato, que favorece la recíproca protección que se deben. Para este objeto pueden contri- buir mucho las autoridades municipales , procurando el equitativo reparto de alojamientos, que tanto une á las tro-

pas con las familias del país, y que, aun pareciendo carga penosa, produce entre aquéllas y los militares tantas particulares simpatías, que acaso pueden determinar entre los habitantes de una región el más radical y beneficioso cambio de sentimientos y de proceder.

Durante la guerra pasada se demostró prácticamente esta verdad: los alojamientos eran más frecuentes, y alcanzaban hasta el soldado; no limitándolos sistemáticamente á los cobertizos, se facilitaron las relaciones de los militares con los vecinos; celebrando fiestas, bailes y retretas, procuróse

la correspondencia de afectos, y al terminar la campaña casi todos los individuos del ejército llevaron á su hog'ar gratos recuerdos de la amistad cubana, y no pocos se ligaron con aquellas familias, siendo hoy sus jefes naturales y los guías de sus ideas.

Comprendiendo esto, han procurado los secretos y pacíficos directores de la actual insurrección que el ejército viva aislado; que se dificulten los alojamientos; que con el

fútil pretexto de una tristeza que no existe, se retraigan muchas familias y no reciban visitas de peninsulares, ni si. gan la costumbre tradicional de tener modestas y agradables veladas; que los guateques del campo se concedan sólo álos rebeldes; que no se (recuenten los paseos públicos, ni las retretas, ni acto alguno donde los españoles puedan ganar con el corazón lo que ellos quieren poseer exclusivamente con la violencia.

Pero á tan malvadas y rastreras intenciones puéde contestar con la hidalguía castellana, sin que raye en quijotismO| y que vayan con los batallones sus respectivas músicas, cuya utilidad en la guerra está ya demostrada, pues el combatiente no puede abandonarse á la nostalgia, ni á la tristeza, y la bandera española debe pasearse y defenderse al compás de los aires nacionales y reglamentairios.

Dirán los implacables guerreros que no se conquista con música y que tales ideas son trivialidades indignas de su aparente severidad; pero recuerden que el puente de Luchana se tomó al son de las bandas, que los carlistas fueron arrollados en Vera al toque marcial de ataque, que las retretas antígaas unían en alegrías y aspiraciones comunes el elemento civil y militar; que siempre la charanga fué el esparcimiento propio y el más moral del vivac y de la

guarnición; y aunque nadie pretende utilizar las músicas

117

militares cuando no lo juzguen oportuno los jefes de las tropas, preciso es convenir en que á nada conduce sostenerlas durante la paz, si han de ser inútiles durante la guerra.

La ar4iente imaginación cubana y sus poéticos sentimientos obedecen perfectamente á tales expansiones, que siempre hieren el corazón humano, como asimismo responderían á una más extensa misión católica, que la establecida en la Isla, donde el olvido de las creencias religiosas hace olvidar también á la patria y mina cual funesto bacterio la felicidad y progreso de aquella población, que siempre fué modelo de generosas virtudes.

XIII

Los insurrectos*

MBoCAS páginas dedicaremos particularmente á los r<*-# rebeldes que asolan y ensangrientan los campos de Cuba, pues como fuerzas vivas de la isla y elemento militar apenas merecen ligero estudio.

Y para que no se achaque lo dicho á petulancia ridicula, ni siquiera á la ofensa que siente cualquier buen espaQol, reñexionemos un momento acerca de las condiciones que tiene para la guerra el enemigo pretencioso de nuestras armas.

El ejército libertador, como genérica y pomposamente se titulan las partidas insurrectas, no es tal ejército, porque para ello le falta unidad de organización, estados mayores, servicios administrativos y sanitarios, artillería, ingenieros armamento y táctica. Su poco valor colectivo contra fuerzas iguales ó superiores y su falta de resistencia, aun en posi cienes ventajosas, acusan notoria falta de espíritu, instruc- ción y disciplina. Contra tal enemigo tiene, pues, afirmada y segura la victoria un ejército formal que opere con su-

jeción á los principios del arte de la guerra, pero no deja

J-ft

de ser temible en operaciones desligadas, en combated. sueltos que no tiendan armónicamente á un objetivo importante, porque si bien las fuerzas rebeldes carecen de cuanto hemos dicho, conocen á la perfección el terreno en que se mueven, por lo cual se dispersan con rapidez, pero asimismo se concentran nuevamenre con facilidad; hallan entre sus paisanos, por adhesión ó terror, una constante ayuda que suple no pocas faltas de las enumeradas; son dirigidos con habilidad y osadía por varios jefes de arraigo en el pueblo y con probado instinto militar; luchan como anarquistas 9 y rara vez se defienden como valientes; y si á todo esto se añade una protección extraña, capciosa, irregular, variable, pero positiva, es evidente que para vencer tales dificultades no bastan columnas ni operaciones suel* tas, como en la persecución de bandoleros, sino que és

necesario el empuje lento, ordenado y eficaz de un ejérci-
to que emplee cuantos recursos y medios de fuerza le pro
porciona su instrucción y su perfecto enlace.

Por eso no son prudentes ni las impaciencias para obte-
ner victorias, ni los entusiasmos por alguna parcial que se
consiga, ni el encumbramiento de valientes que no demos-
traron aptitudes para el mando y dirección de tropas; los
buenos éxitos verdaderos necesitan mucha labor para que
sean definitivos; los episodios brillantes de una campaña
sólo son preludios de su feliz terminación; y aí valeroso
debe premiársele como tal, con largueza, por el temple de
su corazón, pero es preciso que pruebe también su inteli-
gencia y cautela, si ha de responder mañana de la vida de
muchos ciudadanos.

Las correrías devastadoras de muchas partidas que apro*
vechan todos los recursos de aquel vario y rico terreno,
asi como el de una población extraordinariamente esparcí-

da, ignorante y medrosa y en muchos > puntos amiga, no

pueden contenerse de un modo definitivo con columnas sueltas que, por fuertes y animosas que sean, llevarán siempre en las operaciones la peor parte; El cabecilla no tiene que responder ni cuidar de sus secuaces; nada le importa el vestuario que tengan, la conducta que guarden ni la alimentación que consigan: si uno se disgusta y protesta, lo cuelga de una guásima; si enferma ó se cansa, lo deja en cualquier parte; si cae muerto ó herido, lo retira aunque sea arrastrándolo hasta el sitio en que lo oculta; cuando va de marcha cambia los caballos malos por los sanos y fuertes que encuentra; en los poblados roba dinero, víveres y ro pas, se apropia de cuantas armas encuentra recibe noticias y confidencias seguras y fusila al que le estorba para sus planes; si tropieza con una columna, calcula rápidamente la fuerza que representa: si es menor que la suya, acepta el combate procurando situarse en la posición más ventajosa; si, por el contrario, es más fuerte que la partida, elude el encuentro, y si no lo consigue, cuando se acerca el momen crítico de su derrota tiene para evitarla esa consigna honrosa y noble de las insurretos: huir, dispersarse y volver á reunirse en punto cercano.

El jefe destinado á batir con su tropa á dicho cabecilla tiene como contraste: una responsabilidad estrecha de cuanto lleva el soldado y en cuanto se refiere á su buena

mianutención, á su higiene, moralidad y disciplina; no pue-
de abandonar al enfermo; debe conducir en camilla al he-
rido y dar sepultura al muerto; no conviene generalmente
que se apropie nada sino mediante las formalidades de una
requisa, ha de pagar todo ó empeSar recibo por ello dando
su firma como garantía; no le proporcionan nunca sino da-
tos incompletos del enemigo, y en cambio se ve rodeado

continuamente de espías que, siendo los que hacen más
guerra, se llaman cínicamente pacíficos; 'el honor militar le
obliga á promover casi siempre el combate, á prolongarle
con los mayores esfuerzos hasta obtener la victoria, á no
abandonar puestos ni huir por terribles que sean los peli-
gros, y si vence, á forzar la resistencia de su tropa en la
más activa persecución

Todas estas sagradas, útilísimas y nobles obligaciones
se convertirán en injustas trabas para lograr el objeto que
se propone si aquella columna está aislada, y mucho más
si en vez de una partida tiene varias á su alrededor, que
pueden juntas ó alternativamente burlar los mejores propó-

sitos de aquel jefe, más expuesto aún que á perder la vida á ver hollada su honra ó mermado su prestigio.

En cambio, dichas obligaciones militares, que son las que dan respetabilidad, unión y fuerza poderosa al ejército, producirán ventajas incalculables en la guerra ordenada, lenta, pero irresistible, que pueden hacer las armas combinadas como previene el arte militar. Y .como no se trata sólo de medir nuestras fuerzas con los insurrectos, sino de imponer y asegurar el dominio español en aquel territorio tan minado por el fílibusterismo, hemos dicho antes que la guerra de Cuba no tiene el carácter de la anterior, ó sea persecución y castigo de rebeldes, sino que es una cam paña de conquista, y hasta que ésta se realice y dé sus naturales resultados, la verdadera ocupación militar resul* tara prematura, porque no es lógico principiar por donde se debe concluir.

Ya se ha dicho cuál es la conducta general de los insurrectos en campaña; ya se ha indicado también el simpático y valeroso proceder de los pacíficos; queda por consignar que muchas veces el que disparó contra una columna ocul*

tándose cobardemente, huye al acercarse ésta, esconde el fusil y sale al encuentro del jefe, temblando aún, aparen* tando que es por miedo á las partidas, y le ofrece noticias, una copita de ron y aun agua para la tropa; mas si la columna sigue su marcha y pasa luego algún rezagado, aquel guerrero con otros varios, lo machetean inhumanamente.

Completa el carácter de la odiosa colectividad filibuste* ra el tipo del presentado. Este, por lo común, es un cobarde que alardeó entre sus vecinos de ímpetu guerrero y luego no pudo seguir á la partida ó se receló del maüsser. Llega maltrecho y derrotado á ún campamento ó puesto, se acoge humildemente á indulto, cuenta sus desdichas al jefe que se lo concede, evita dar noticias seguras sobre la partida en que militó, mata el hambre atrasada con la ración que se le da y cpn los obsequios de nuestros generosos y. nobilísimos soldados, que comparten alegres su modesto rancho con aquel ser vencido, no pocas veces despreciable; sigue á la columna y hasta se presta á ser guía; pero cuando ya conquistó una relativa confianza, merced á mil bajezas, desaparece un día para volver á la vida licenciosa del rebelde ó solicita ir á su casa, donde visita á su parienta y presta el servicio de pacifico, si es que más tar-

de no se le ocurre tomar un arma para seguir en su bandidaje.

Por eso las presentaciones sin armas no reportan la menor ventaja, ni las aisladas significan adelanto alguno, por el sistema de guerra capcioso que siguen los insurrectos; y solamente las presentaciones colectivas y numerosas indicarán algún día que para la Gran Antilla empieza á brillar el iris de la paz en el horizonte de su porvenir.

XTV

Recuerdo á Cuba.

I J os V fantasean con ideas atrevidas y juzgan • " oportuna la venta ó abandono de la isla, seguramente no han estado allí, ó no la conocen bien.

Si la fiebre amarilla no infestara de continuo aquellas pre-

ciosas costas, ó las autoridades municipales hubieran saneado, con mayor esmero, los puertos y poblaciones inmediatas, sería el pequeño territorio de Cuba, la joya americana, fiel remembranza en el nuevo continente del prehistórico paraíso terrenal asiático.

Parece que el Divino Hacedor quiso dar muestra, en tan reducido espacio, de cuanto puede producir la tierra, privilegfiada con los dones de la Omnipotencia. Cuba es un edén, á la par que un tesoro, y así se explica que en sangrientas y repetidas luchas sufra todas las concupiscencias que siempre excitan la hermosura y el dinero. Y como no queda apenas rastro de la población indígena primitiva, y en semblantes, caracteres y costumbres no se percibe más que pura procedencia española, los verjeles incomparables, que no sabría imitar el escenógrafo más artista, la

prodigiosa fertilidad de sus campos, la riqueza oculta de sus aguas y suelo, que providencialmente se descubrieron con mezquinos ahorros de nuestra corona, pertenecen, por derecho propio, á la nación que fué destinada por inescru-

tables designios para su conquista, y á esa misma nación corresponde su defensa y seguir la obra civilizadora del progreso, iniciada por los Reyes Católicos con la empresa más valiente y noble que registra la historia .

Donde llegaron triunfantes, tras de lo desconocido, nuestros marinos; donde siempre brillaron victoriosas maestras armas; donde dimos libertad al esclavo, expansión á nuestro comercio, albergue á nuestros sentimientos y genuina representación ánuestra raza, no puede ondear altiva más que la bandera espaSola.

índice